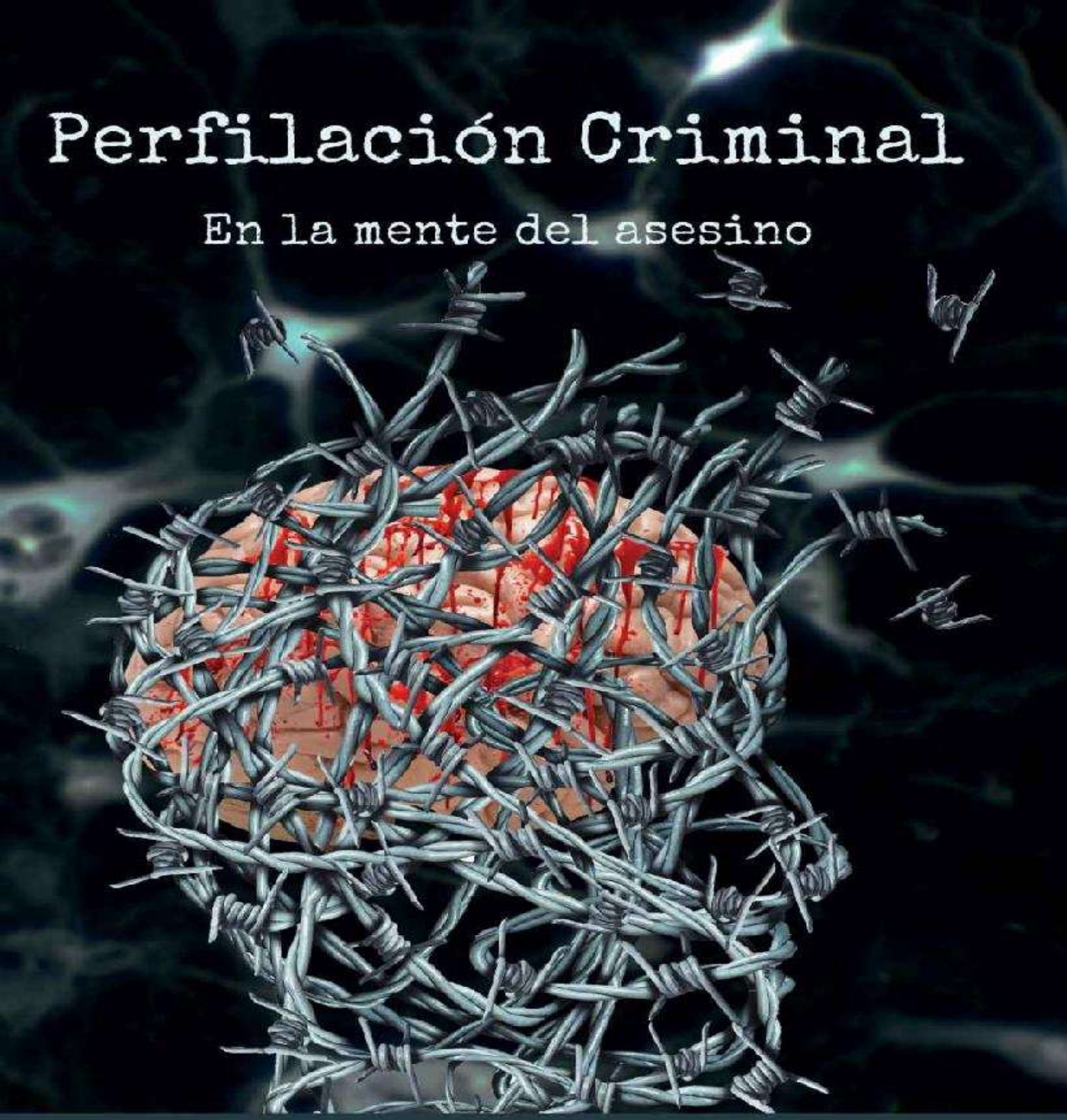
Perfilación Criminal

En la mente del asesino



JORGE JIMÉNEZ SERRANO

Behavior & Law Ediciones

Colección "Análisis de Conducta y Perfilación Criminal"

Perfilación Criminal

En La Mente Del Asesino

Jorge Jiménez Serrano

Copyright © 2017 Jorge Jiménez Serrano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Por tanto, este libro no podrá ser reproducido total o parcialmente, ni transmitirse por procedimientos electrónicos, mecánicos, magnéticos o por sistemas de almacenamiento y recuperación informáticos o cualquier otro medio, quedando prohibidos su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo, por escrito, del titular o titulares del copyright.

Behavior and Law Ediciones S.L
Calle Simón Hernández, 65
28936 Móstoles - (Madrid)
Tel: (+34) 91 238 84 18
E-mail: info@blediciones.com

Portada: Behavior and Law Ediciones S.L
Fotocomposición e impresión:

Fullcolor Printcolor S.L.
Ctra. de Mollet a Sabadell Km 4,3 Pol Ind. Can Vinyals, Nave 18
08130 - Santa Perpétua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: M-8314-2018

ISBN: 978-84-947721-5-3

Printed in Spain-Impreso en España

1ª edición, abril 2018

“Sin duda, no hay cacería como la caza de hombres y aquellos que han cazado hombres armados durante el suficiente tiempo y les ha gustado, en realidad nunca
se interesarán por nada más.”

— Ernest Hemingway

A Raquel, Carla y Saúl por quitar
la mesa todas las noches mientras
escribía este libro.
A mi familia, de primer, segundo y
hasta tercer grado de
consanguinidad.
A la Fundación Behavior and Law,
pero concreta y principalmente a
las personas que le dan vida y
emoción.

Índice De Contenido

Notas Del Autor
El Traje Cruzado.
En La Mente Del Asesino.
Dónde Mirar En La Escena Del Crimen.
El Asesino Cuenta Su Historia.
El Que Lucha Con Monstruos.

Notas del autor

Años después de escribir el *Manual Práctico del Perfil Criminológico*, me planteé la posibilidad de escribir algo un poco más divulgativo, sin los obstáculos que a veces ofrecen los formatos más científicos, sorteando la necesidad de referirse constantemente a teorías, autores, artículos y con un enfoque de público mucho más amplio. Algo que me resultaba muy interesante de esta idea era poder explicar la *Perfilación Criminal* a través de varias historias escogidas sin mucha cautela, pero que acompañan y aligeran la narrativa teórica de la que tampoco he podido despojarme excesivamente. Estas historias o *casos*, como se las suele llamar en el mundo criminológico, son la guía que he utilizado para escribir los capítulos y tienen como misión reflejar o ejemplificar lo que cuento respecto a la técnica de perfilación. Es un método que suelo usar en mis clases, de hecho, se puede decir que este libro es una transcripción de mis cursos o talleres donde presento el *Criminal Profiling*. En este caso, como comentaba antes, he tratado de escribir algo que pueda ser de interés para lectores que no conozcan este ámbito, un libro cómodo y ágil que pueda llegar a profesionales, estudiantes y académicos, pero también a cualquier persona que se siente delante del televisor o del ordenador y que se encuentre con historias como las que narro en este libro. No pretendo tampoco ofrecer muchas o grandes respuestas, no las hay. Mi objetivo es quizás menos pretencioso que el propio título del libro, no quiero penetrar en la mente del asesino, no voy a contestar al porqué hay personas que sienten placer asesinando a sus semejantes o mostrando unos actos aberrantes como los que se describen en este libro. Mi meta es presentar la técnica de la *Perfilación Criminal* como herramienta de apoyo a la investigación criminal, en este caso a crímenes o asesinatos seriales. Como esta técnica es mi pasión desde hace muchos años, creo que puede ser de interés también para otras personas. Si algo no pretendo, es hacer perder el tiempo a mis lectores.

El Traje Cruzado.

Como ocurre en muchas ocasiones en la vida, encontrarte con un muro es la mejor forma de avanzar. Era Diciembre de 1956, el mes en el que se inició la mayor cacería humana que había conocido el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York.

Dieciséis años antes, un artefacto casi estuvo a punto de explotar en una ventana de la compañía Edison de Nueva York. Alguien se había colado en el edificio de una de las empresas eléctricas más importante de EE.UU, había caminado por los pasillos y plantas de oficinas hasta llegar a una repisa donde dejó abandonado el artefacto. De forma milagrosa, unos trabajadores se dieron cuenta de lo que parecía un paquete sospechoso y dieron aviso a la policía. Junto a lo que finalmente se comprobó que era una bomba, se encontró también una nota con el siguiente mensaje *"Compañía Edison, ladrones, esto es para vosotros"*. Este se convirtió en el primero de una serie de artefactos explosivos que mantuvo atemorizada a los ciudadanos de Nueva York y a la policía durante más de una década.

Hoy en día en muy normal oír noticias sobre explosiones y atentados en nuestras ciudades, los grupos terroristas hace años que nos tienen acostumbrados a este tipo de sucesos, sin embargo, si somos capaces de hacer un viaje en el tiempo, nos daremos cuenta de lo que suponía en aquella época enfrentarse a una situación como aquella.

Los siguientes artefactos fueron colocados en estaciones de tren, cabinas telefónicas y otros edificios relacionados con la Compañía Edison. Los artefactos eran de escasa potencia, de hecho no llegaron nunca matar a nadie, solo provocaban daños materiales y algún que otro herido. La explosión más aparatosa y peligrosa se produjo en el teatro Paramount de Broklyn, donde seis personas fueron heridas de diversa consideración. Al día siguiente los periódicos de la época llevaban a sus portadas este suceso y bautizaban a este terrorista como "Mad Bomber" (El bombardero loco).

Teatro Paramount. Nueva York 1955.

Los periódicos seguían con atención estos sucesos, de hecho participaban de forman directa ya que, además de colocar bombas, este tipo se dedicaba también a escribir cartas a los periódicos más influyentes de la ciudad para que fueran publicadas. En estas misivas manuscritas hacía peticiones y atacaba a la compañía Edison. Los ciudadanos de Nueva York mientras tanto, convivían con el pánico y el miedo a que una tarde, un fin de semana, mientras esperaban un autobús o tren, en un cine o teatro explotara un nuevo artefacto. Este temor presionaba a las autoridades y éstas a su vez a los jefes policiales que, hasta ese momento, se habían mostrado completamente ineficaces para capturar a "*el bombardero loco*".

La policía, en pañales aún en lo que denominamos "*ciencias forenses*", poco podía hacer para dar caza a este bombardero. Solo disponía de algunos artefactos que no habían estallado y de las cartas manuscritas. Nunca nadie vio a alguien sospechoso, no había retrato robot y, aunque se pensaba que debía ser alguien

relacionado con la Compañía Edison, las posibilidades de dar con él eran realmente escasas. Así iban pasando los años y los 26.000 dólares de recompensa que se ofrecían por una pista que ayudara a detenerlo, estaban tan inmóviles como las líneas de investigación policial.

Los encargados del caso, el Capitán Cronin y el Inspector Finney se encontraban en un callejón sin salida, impotentes y frustrados como quien no es capaz de resolver un puzle. Por suerte, si había algo de fortuna en todo aquello, el *bombardero loco* parecía no tener intención de matar a nadie. Si las 33 bombas hubieran tenido intencionalidad letal, el número de posibles víctimas mortales podría haber rondado la centena y aquello sí que hubiera sido algo completamente insoportable. ¿Qué buscaba entonces Mad Bomber? ¿Qué pretendía? Estas son preguntas que rondaban en las cabezas de los investigadores tratando de buscar las respuestas para establecer un camino a seguir. Por otro lado estaban las cartas, en ellas pretendía enviar un mensaje a los que consideraba culpables de todo aquello. ¿Quién sería capaz de hacer esto? ¿Quién se comportaría así? Estas preguntas parece que eran más fáciles de responder, de hecho los medios de comunicación y el público en general ya las habían respondido, evidentemente un individuo con algún trastorno mental.

Alguien que es capaz de poner en peligro la vida de ciudadanos inocentes, que usa explosivos de una forma tan peligrosa y que además se permite escribir cartas y enviarlas a los periódicos debía estar mal de la cabeza, eso sin duda. Los investigadores hablaban una y otra vez de todo esto mientras volvían a revisar una a una las fotografías de los artefactos y los centenares de cartas. Posiblemente en una de esas revisiones a Cronin y Finney se les ocurrió algo completamente novedoso, posiblemente la última baza que les quedaba por jugar. Parecía razonable que, si pensaban que este tipo podía ser un loco, una persona trastornada y debido a que necesitaban información y contar con alguna pista para poder encontrarlo y detenerlo, pensaron que preguntarle a alguien que sabe de locos podría ser una buena idea. Como decimos, esto era una estrategia muy original para la época, la policía no había utilizado antes estos recursos, sus casos se resolvían hablando con las víctimas y con personas relacionadas con la investigación o simplemente con “soplones” que hacían de ojos y oídos en las calles. Pero tampoco tenían mucho que perder, el muro frente al que se encontraban se hacía cada vez más alto.

Es fácil imaginar qué debieron pensar el resto de compañeros y superiores cuando hicieron pública esta nueva estrategia de investigación. A veces los casos

se complican y hay que tirar de imaginación, de innovación. Tal y como estaba la situación, la presión pública que se ejercía sobre la policía de Nueva York para que se detuviese de una vez por todas a *Mad Bomber*, cualquier idea era bienvenida. Si había que preguntar a un *loquero*, pues se preguntaba.

Una vez que se decidieron llevar a cabo esta estrategia había que pensar en el quién. Necesitaban a un profesional que supiera de enfermedad mental, de eso se trataba. Un tipo que conozca bien los entresijos de la cabeza de un trastornado como al que se estaban enfrentando, un experto en conocer cómo es un sujeto que se comporta de forma anómala, peligrosa, que es capaz de ir colocando explosivos por la ciudad, de sembrar el caos y el pánico en cines, estaciones de autobuses y cabinas telefónicas. Buscaban alguna información que les pudiera ayudar a buscarlo en algún sitio, algún indicio que le hiciera sobresalir o ser reconocible, algo, cualquier cosa que pudiera ayudar a meterlo entre rejas. Necesitaban sin saberlo, un perfil criminológico.

El elegido fue James A. Brussel un psiquiatra freudiano que era consultor de salud mental para la ciudad de Nueva York y que tenía contactos en el F.B.I. Los investigadores se fueron a visitarle y le plantearon su estrategia. Aquel día se iniciaba una nueva técnica de apoyo a la investigación criminal, la *Perfilación Criminal*. Brussel tuvo que hacer frente a un encargo un tanto extraño, describir a alguien sin poder tenerlo delante, sin poder hablar con él, ni tumbarlo en un diván, ni hacerle ningún tipo de pregunta. Como cualquier psiquiatra, estaba acostumbrado a ofrecer un diagnóstico después de haber realizado una serie de pruebas y entrevistas, después de haber valorado sus síntomas y su comportamiento. En este caso nada de esto podría llevarse a cabo, los investigadores habían conducido a Brussel al mismo callejón sin salida en el que ellos se encontraban. Había por tanto que transformar su metodología de diagnóstico médico, tenía que ser capaz de llegar al mismo resultado utilizando otro método.

Los investigadores le soltaron sobre la mesa todo lo que le podían ofrecer, fotografías sobre los artefactos que no habían llegado a explotar, la localización de las explosiones y las cartas manuscritas que había enviado a los periódicos. Estos eran “los síntomas” que podían ofrecerle a Brussel, con ellos debería “diagnosticar”. Trabajó con toda esta información haciendo lo que sabía hacer, interpretando cómo era su paciente a partir de cómo se comportaba, dejando que las fotografías y las cartas les hablaran de su autor, intentado dibujar un perfil de características que pudiera ayudar a estos investigadores.

Cuando hubo terminado de revisarlo todo a conciencia, Brussel se dispuso a ofrecerle toda la información que había sido capaz de inferir sobre *Mad Bomber*. Los investigadores escucharon con interés todo lo que aquel psiquiatra había podido descubrir en aquellas fotografías y cartas que ellos habían revisado centenares de veces. Se sentían como cuando jugamos a buscar diferencias entre dos fotografías, no encontramos ninguna por más que nos afanamos en mirarlas una y otra vez y posteriormente nos llega alguien que las descubre ante nuestro asombro.

Brussel les indicó que sería un hombre de edad adulta, en torno a los 50 años, posiblemente de origen eslavo o al menos inmigrante de Europa del este. Es un tipo pulcro, les indicó, ordenado, con interés por la apariencia, con estudios medios y un trabajo relacionado con la electricidad o la mecánica. En su trabajo es meticuloso y perfeccionista. No le interesan las mujeres, vivirá solo o con algún familiar femenino pero no tiene pareja ni hijos. Se cree superior a los demás, puede ser violento si se le critica y es posible que tenga una enfermedad del corazón. Puede vivir en Bridgeport, Conneticut y es religioso.

Los investigadores escuchaban asombrados y posiblemente con alguna incertidumbre todo lo que Brussel había sido capaz de decir de este tipo viendo las fotografías y las cartas. Siguieron charlando un rato y haciendo algunas preguntas respecto a todo lo que habían oído. Cuando se disponían a salir del despacho, Brussel llamó a los investigadores como si se le hubiera venido a la cabeza algo que no le había dado tiempo de contar. Los investigadores se giraron y Brussel les dijo que cuando detuvieran a *Mad Bomber* iría vestido con un traje cruzado perfectamente abotonado.

Es fácil imaginar la cara de asombro de los investigadores mirando a Brussel mientras pronostica cómo va a ir vestido este sujeto cuando lo detengan, posiblemente sea adivino además de psiquiatra, debieron pensar.

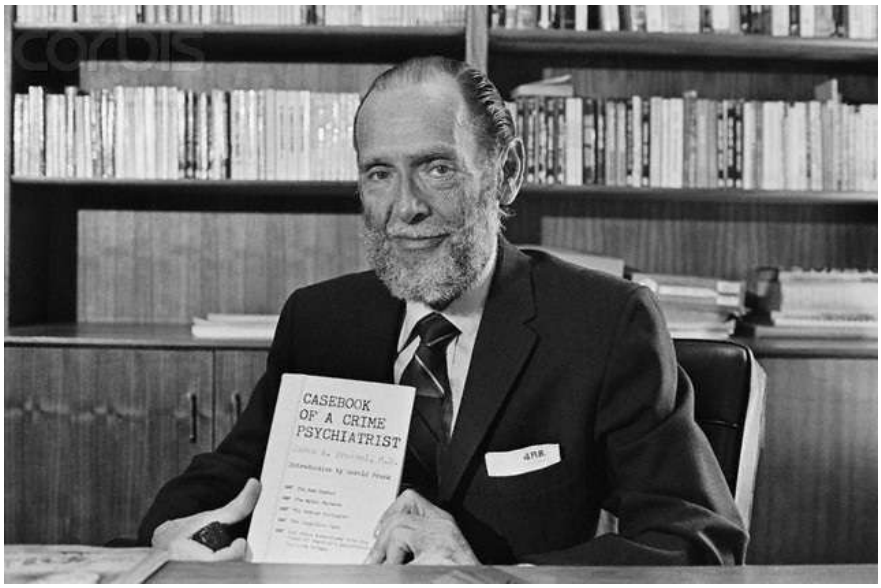
Con toda esta información los investigadores se dispusieron a trabajar con ella. Pensaron que realmente esto no les ayudaba mucho a buscarlo pero, si publicaban el perfil en los periódicos, alguien podría reconocer estas características en un vecino, un familiar o un compañero de trabajo y contactar con la policía. Así lo hicieron y los resultados no tardaron en aparecer, solo que no como ellos esperaban. A los medios de comunicación donde se publicó el perfil llamaron centenares de personas indicando que conocían a esa persona o que incluso ellos mismos eran *Mad Bomber*. Aquello no les ayudaba, pues todas

resultaban ser falsas alarmas. Decidieron hacer una última cosa, volver a publicar en los periódicos un último mensaje pidiéndole que se entregara y que se defendiera o explicara públicamente ante la sociedad. A los pocos días de esa publicación otra carta llegó al periódico. En ella, *Mad Bomber* contaba que todo esto era culpa de la Compañía Edison, en la que había trabajado y con la que había tenido un serio conflicto. Paralelamente, personal de esta empresa revisaban docenas de dosieres de empleados que habían sido despedidos o que había tenido algún problema con la empresa. Entre ellos descubrieron a un tal George Metesky, un empleado que había sufrido un accidente tras el cual había desarrollado tuberculosis. Ante la negativa de ofrecerle alguna indemnización, Metesky había escrito a la empresa jurando venganza y utilizando algunas palabras y expresiones que aparecían en las cartas que *Mad Bomber* enviaba a los periódicos.

George Metesky fue detenido por la policía el 23 de enero de 1957. De origen lituano, tenía 53 años, vivía con sus hermanas y era católico practicante. En 1931 trabajaba en la sede de la Compañía Edison en Connecticut cuando una caldera explotó junto a él, lo que le produjo graves secuelas que impidieron que pudiera seguir trabajando. Tras varias semanas de baja, la empresa optó por despedirlo sin ofrecerle ningún tipo de compensación. Cuentan que cuando lo detuvieron era de noche, vestía un pijama y los policías que lo iban a conducir a comisaría le dieron unos minutos para que se pudiera vestir. Cuando regresó, Metesky llevaba un traje cruzado perfectamente abotonado.

Metesky es detenido.

Más tarde, Brussel explicaría en un libro sobre este caso cómo llegó a ofrecer esta información de *Mad Bomber* observando simplemente la documentación que le aportó la policía. Brussel contó que un tipo que escribía de esta manera tan ofensiva y delirante debería ser alguien con un *trastorno paranóico de personalidad*, el cual necesita un tiempo de desarrollo y acentuación que suele coincidir con la edad adulta. Las cartas y los artefactos mostraban que era un tipo meticuloso, pulcro, ordenado y perfeccionista. Sabía trabajar con las manos y la construcción de los explosivos requería algún conocimiento de electricidad y mecánica. Las *"w"* que escribía en sus cartas tenían formas muy redondeadas como si fueran pechos de mujer, lo cual le llevó a pensar que estaría en una fase pre-edípica, siguiendo la teoría freudiana, algo que le impediría relacionarse sentimentalmente con mujeres. Algunos términos y expresiones utilizados le llevaron a concluir que era inmigrante, posiblemente de Europa del este, donde además es más habitual utilizar explosivos. Las cartas se enviaban desde Westchester según los matasellos, pero él no sería tan estúpido como para enviarlas desde el lugar en el que vive. La zona de Bridgeport en Conneticut alberga mucha población de Europa del este y para ir a Nueva York es necesario pasar por Westchester. Así, Brussel explicó cómo había llegado a deducir toda esa información sobre *Mad Bomber* sin tenerlo cara a cara.



James Brussel con su libro sobre el caso "Mad Bomber".

Si revisamos estas aportaciones de Brussel nos damos cuenta de que pudo *perfilar* de una forma muy acertada a George Metesky y, aunque esta información no sirvió directamente para capturarlo, sí ofreció información para ponerle algo de rostro a quien hasta entonces era solo una sombra. A los

investigadores parece que le resultó útil, pues años más tarde volvieron a recurrir a Brussel para otro caso muy mediático y estremecedor de la época, el del *"estrangulador de Boston"*.

Con esta historia de *Mad Bomber* surge la Perfilación Criminal como técnica de apoyo a la investigación policial. Hoy en día, los cuerpos policiales de muchos países utilizan el *Criminal Profiling* (como se conoce en el ámbito anglosajón) como estrategia para ayudar a los investigadores a obtener información del autor o autores de un delito. La Perfilación Criminal no es adivinación, como pensaban los investigadores al oír a Brussel hablar de la indumentaria que vestiría *Mad Bomber*, es análisis de conducta, análisis del comportamiento que lleva a cabo el delincuente en su crimen y que nos habla de cómo es él. La anécdota del traje cruzado perfectamente abotonado nos muestra una fiel metáfora de lo que es esta técnica. Nuestro comportamiento nos describe cómo somos. Un hombre de edad adulta de 1950 utilizaría como prenda de vestir rutinaria un traje cruzado y la pulcritud, meticulosidad y perfección que mostraba Metesky en sus cartas y artefactos se reflejarían en su forma de vestirlo. Una persona con estas características no lo llevaría de cualquier manera, sino que lo haría de forma pulcra, meticulosa y perfecta. Así de simple o así de compleja fue la deducción de Brussel y así funciona la Perfilación Criminal.

Hoy en día, las investigaciones criminales son muy dependientes de lo que denominamos *"ciencias forenses"* y que no son, ni más ni menos, que el conjunto de ciencias y conocimientos que la policía utiliza en su trabajo para identificar indicios, analizarlos y construir evidencias sobre los hechos criminales. Es lo que también se suele conocer como *Criminalística*.

El objetivo de su uso es proporcionar información al sistema judicial sobre qué y cómo se ha producido un hecho criminal y lo más importante, quién lo ha cometido para poderlo así juzgar. Las series de televisión nos tienen acostumbrados a estos *"CSI"* por sus siglas en inglés*Crime Scene Investigation*, investigadores de la escena del crimen, *criminalistas* o también conocidos como *Policía Científica* . Son profesionales técnicos que tienen conocimientos de biología, física, medicina, informática…y que analizan las escenas de los crímenes en busca de información que pueda explicar qué ha pasado y quién lo ha hecho. Estas *ciencias forenses* han evolucionado mucho en las últimas décadas con desarrollos muy importantes, no solo las huellas dactilares sino el perfil genético o últimamente todo lo que tiene que ver con el ciberdelito desde el ámbito de la informática forense. Sin esta información, los encargados de

resolver un caso se encuentran sin pistas que seguir, en un callejón sin salida como se encontraba la Policía de Nueva York en el caso de *Mad Bomber*.

Cuando los técnicos de Policía Científica trabajan (*procesan* en el argot policial) una escena, lo que buscan prioritariamente son rastros que puedan permitir identificar a personas, principalmente identificar al autor del delito. Para ello es muy importante recoger indicios de huellas dactilares o de material biológico (sangre, semen, saliva…), ya que estos indicios pueden analizarse para extraer información que individualiza, o sea, que es capaz de decir que pertenece a una única persona en el mundo. Hay que tener en cuenta que el principal trabajo de la policía es detener a los "malos", por tanto toda la información que nos hable de él será la más importante. Sin embargo, al mismo tiempo que se desarrolla la criminalística también se desarrolla lo que denominamos "*conciencia forense*", es decir, el conocimiento que posee un criminal respecto a las técnicas policiales y forenses y que trata de utilizar para no ser descubierto. Por ejemplo, la mayoría de los ladrones saben que no deben tocar con sus manos desnudas objetos en la escena de un robo, porque la policía puede recoger sus huellas dactilares e identificarlos, de ahí que lleven guantes. No obstante, es posible que algún ladrón no sepa, no tenga *conciencia forense*, de que tampoco debe dejar restos de fibra de su ropa, ya que también se puede analizar y comprobar que pertenece a la ropa que llevaba en el momento de los hechos. Por tanto, los delincuentes también aprenden y se desarrollan en su forma de delinquir, por lo que es muy habitual que traten de no dejar muchas pistas, indicios forenses, en las escenas de sus crímenes.

Si recordamos el caso de *Mad Bomber*, los investigadores se encontraban en esta situación debido a que en 1950 la *Criminalística* no estaba muy desarrollada y no era posible obtener evidencias forenses de los artefactos o de las cartas. Sin embargo, a los investigadores se les ocurrió algo muy novedoso por aquel entonces, recurrir al asesoramiento de un *Analista de Conducta*. Cuando ellos establecen que la persona que va colocando bombas por la ciudad debe estar loca y que un psiquiatra puede aportar información sobre cómo puede ser este tipo de personas, lo que están haciendo es iniciar la historia de la Perfilación Criminal, el análisis de la conducta criminal. Comprenden que la Psicología, o la Psiquiatría en este caso, también pueden participar aportando su conocimiento para resolver un caso. Este nuevo enfoque de trabajo se consideró fructífero por parte de los investigadores, de hecho, a partir de este momento se volvió a recurrir a expertos en salud mental y en análisis de conducta para que apoyaran a los investigadores en aquellos casos en donde se pensaba que el autor del crimen

podía padecer algún trastorno de tipo psicológico o mental. A partir de aquí, esta corriente se fue extendiendo y desarrollando hasta que en 1970 el F.B.I crea la *Unidad de Ciencias del Comportamiento,* un grupo de profesionales que apoyan a diversas fuerzas policiales de USA en casos de violaciones y homicidios en serie. Debemos tener en cuenta que en aquel momento se desarrolla o se acentúa un fenómeno social muy importante, el de los "*serial killers*", los asesinos en serie que empiezan a surgir y que estremecen a la opinión pública con sus aberrantes crímenes. No es que antes no hubiera asesinos en serie o que solo hubiera en USA, lo que ocurre es que determinadas condiciones socioculturales y el desarrollo de los medios de comunicación masivos pusieron el foco de atención en este tipo de crímenes.

Logotipo de la Unidad de Ciencias del Comportamiento FBI.

Los casos de violadores y asesinos seriales suelen ser investigaciones muy complicadas para la policía, pues los métodos y la operativa rutinaria que usan los agentes no suele servir para investigar estos casos. La mayoría de ellos presentan un comportamiento anormal, comportamiento que refleja un mal funcionamiento en la esfera emocional, psicológica y/o sexual del sujeto. Un

comportamiento aberrante que suele dejar su rastro en la escena y en sus víctimas. De ahí lo interesante de poder recurrir a un *Profiler*, a un *Perfilador Criminal* para que, al igual que hizo Brussel, pueda aportar información respecto a cómo es y qué características puede tener a nivel personal, psicológico, social…Además, hay que tener en cuenta que la mayoría de los homicidas y agresores sexuales en serie suelen seleccionar víctimas desconocidas, personas a las cuales no les une ningún tipo de relación, vínculo o conocimiento. En estas circunstancias, el número de posibles sospechosos llega a ser tan elevado que la policía necesita poder filtrar y reducir ese número para llegar a capturar al culpable. En estos casos, la perfilación permite reducir el número de sospechosos a aquellos que "encajen" en el perfil elaborado.

A partir del F.B.I, muchas otras policías de otros países han creado sus propias Unidades de Análisis de Conducta y Perfilación Criminal. Además, esta técnica ha generado interés también en el ámbito académico y científico, lo que ha propiciado su mejora, desarrollo y evolución. Hoy en día, la Perfilación Criminal no solo se usa en casos de homicidios y agresiones sexuales seriales, puede utilizarse en todos aquellos en los que el criminal haya reflejado en su delito suficientes indicios de comportamiento que nos hablen sobre cómo es y qué características tiene. Evidentemente, aquellos delitos que expresan más los componentes personales, emocionales y psicológicos son los más propicios para analizar desde esta técnica.

La Perfilación Criminal puede definirse como una técnica policial con la que, a partir del análisis de los comportamientos realizados por el criminal durante el crimen, podemos inferir distintas características que es probable que presente dicho criminal. Estas características corresponden a información física-personal, psico(pato)lógica, social, económica, geográfica…sobre el autor del crimen. El objetivo es ofrecer información útil para los investigadores criminales tales como:

- Características demográficas que ayuden a filtrar y reducir el número de sospechosos.
- Características físicas que puedan ayudar a identificarlo.
- Características psicológicas que nos expliquen cómo es.
- Características geográficas que nos permitan buscarlo en determinada zona

de la ciudad.

- Características de crimen que permitan conocer cómo actúa a nivel criminal y si tiene algún tipo de antecedente o carrera criminal que permita su búsqueda.

- Características del próximo crimen. En el caso de que actúe nuevamente, el perfilador puede explicar qué debemos esperar de él y que evolución puede tener en su criminalidad y en su forma de cometer el crimen, lo que solemos denominar el *Modus Operandi*.

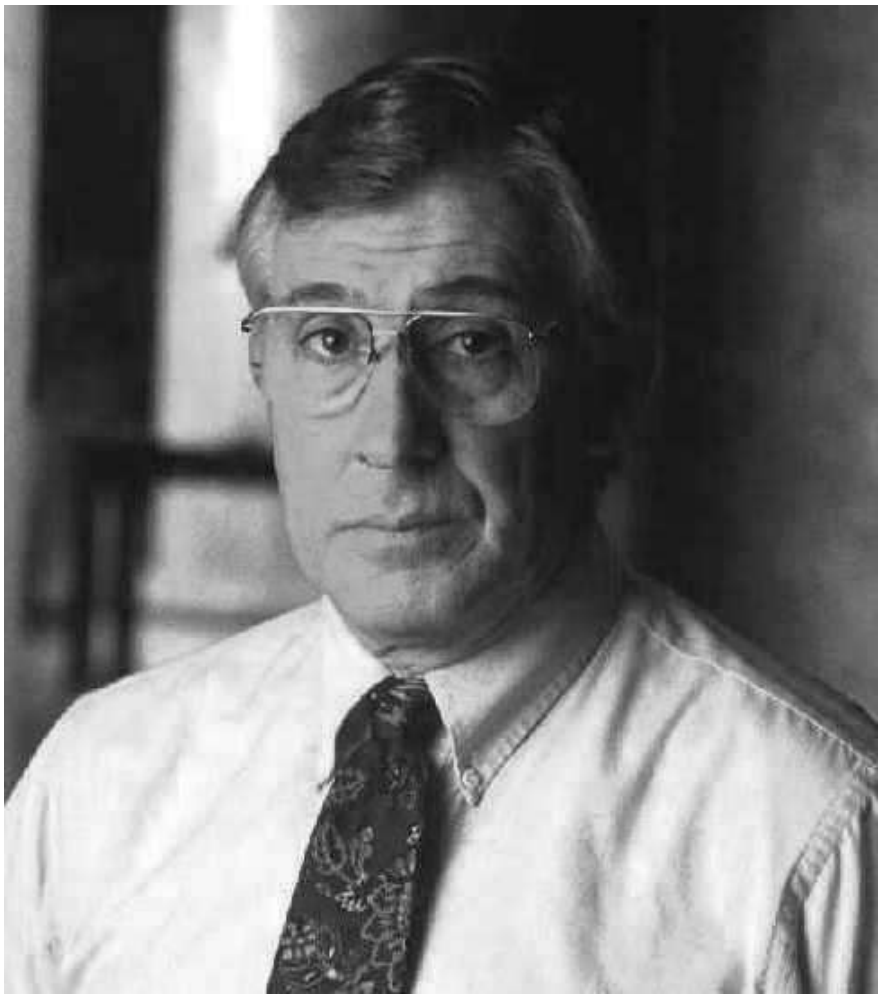
- Recomendación para los investigadores. El perfilador puede asesorar respecto a la toma de decisiones en diversas áreas de la investigación, como la relación con los medios de comunicación o con la población afectada. Así mismo, las recomendaciones pueden implicar abrir nuevas líneas de trabajo o apoyar distintas fases de la investigación como la vinculación de casos o el interrogatorio a un posible sospechoso.

En definitiva, la Perfilación Criminal se muestra como una estrategia más que los investigadores policiales pueden utilizar para obtener información y conocimiento a la hora de resolver un caso. Conocer cómo puede ser el autor de un crimen, qué características puede tener, si es inteligente o no, si está casado, si tiene empleo o una determinada formación, si conoce o no a la víctima o posee relación con el lugar de los hechos son datos que serán de gran valor para los investigadores porque les ayuda a hacerse un retrato, un perfil de a quién deben buscar.

En La Mente Del Asesino.

Robert Ressler, *profiler* del F.B.I, contaba siempre una anécdota en la que los funcionarios de la prisión de Vacaville, en California, le habían preparado una sala para poder entrevistarse con Edmund Kemper. Era una celda que estaba preparada para que los reclusos recibieran la última bendición antes de pasar a la silla eléctrica, una habitación pequeña pero íntima para poder mantener una conversación. Después de cuatro horas a solas conversando con Kemper, dio por finalizarla la entrevista y se acercó al timbre para que viniera un funcionario a abrirle y a sacarle de allí. Tras varios minutos sin que nadie acudiera, volvió al llamar al timbre. Cinco minutos después, Kemper fue capaz de reconocer en Ressler la angustia y un poco de terror que reflejaba su cara. No te preocupes, contestó Kemper con sus dos metros de estatura y sus ciento treinta kilos de peso, es la hora del cambio de turno y no vendrá nadie al menos en veinte minutos. Si se me cruzaran los cables ahora, continuó Kemper mirando a los ojos de Ressler, podría arrancarte la cabeza con mis manos y colocarla encima de la mesa para que la vieran los funcionarios al entrar.

Si Brussel puede ser considerado el padre de la Perfilación Criminal, Robert Ressler es sin duda el *profiler* (perfilador) más conocido dentro de este ámbito. Además de participar activamente en la creación de la *Unidad de Ciencias del Comportamiento* del F.B.I, se le atribuyen la creación de los términos "*Asesino en Serie*" y "*Offender Profiling*", como se le conoce también a la Perfilación Criminal en el mundo anglosajón. Apasionado por la Psicología Criminal, trabajaba para el F.B.I cuando pensó que sería interesante entrar en la mente de los criminales para conocer cómo piensan, cómo actúan y por qué hacen lo que hacen. Este conocimiento podría ayudar a los investigadores policiales a enfrentarse a sus casos con cierta ventaja. Con esta idea creó el *Proyecto de Investigación de la Personalidad Criminal*, el cual le llevó a recorrer decenas de cárceles de EE.UU entrevistándose con los asesinos en serie más despiadados y sanguinarios de la época. Esta vocación por perseguir criminales y meterse en sus mentes le venía a Ressler desde bien pequeño, cuando con nueve años jugaba a ser detective que capturaba a un famoso asesino en serie que estaba actuando por aquella época, William Heirens, el "a*sesino del pintalabios*".



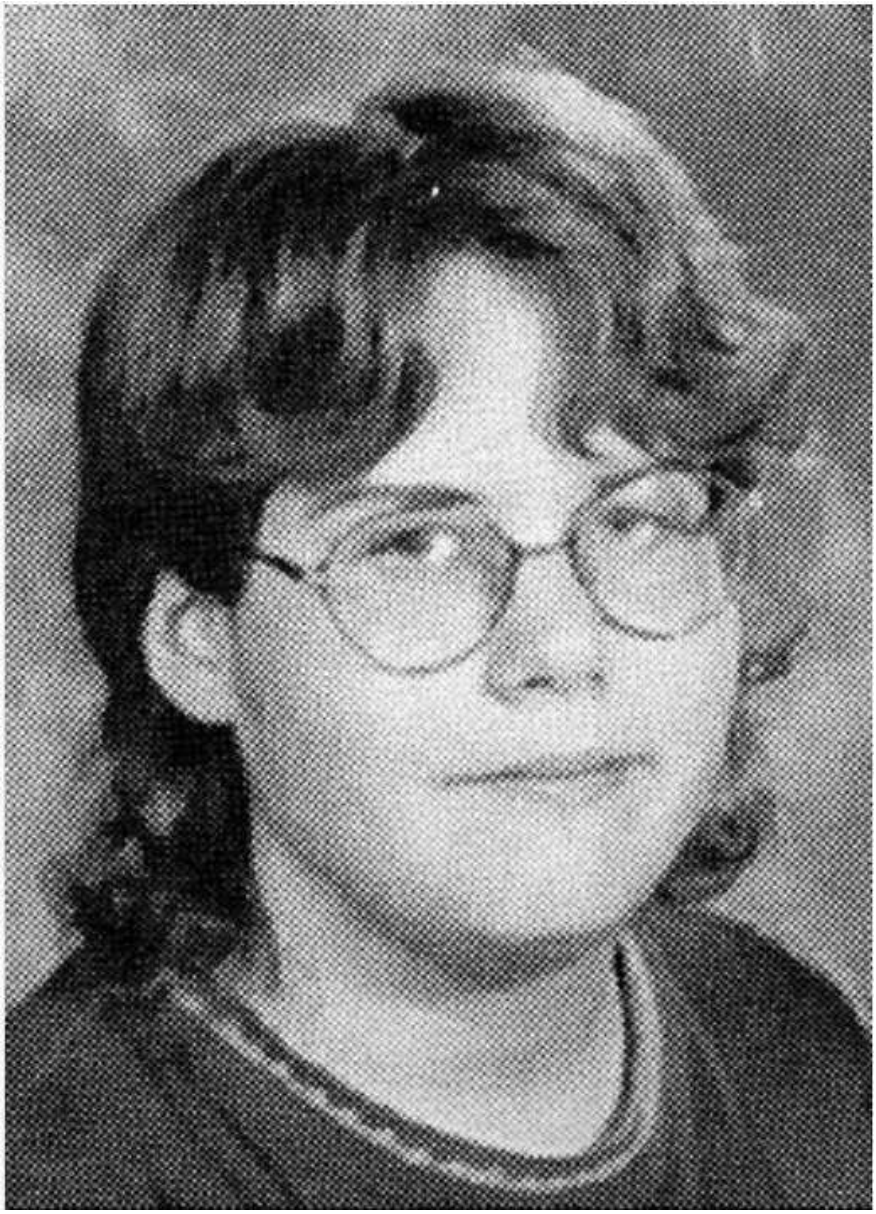
Robert K. Ressler.

Uno de estos asesinos en serie que entrevistó fue Edmund Kemper, un homicida serial que empezó su carrera criminal en la adolescencia matando a sus abuelos. Este hecho hizo que pasara algún tiempo en un hospital psiquiátrico, el cual no sirvió para reinsertar a este joven que inició una de las carreras criminales más famosas de la historia de los asesinos en serie de Estados Unidos. Acabaría matando a seis chicas jóvenes, a su madre y a una amiga de ésta antes de presentarse a la policía para confesar sus crímenes.

Kemper es un arquetipo de lo que puede considerarse un asesino en serie, su biografía podría considerarse un modelo teórico de cómo se convierte una persona en alguien que busca y siente placer por acabar con la vida de otra. Su historia asesina comenzó como un simple juego cortándole la cabeza a la muñeca que le habían regalado los abuelos a su hermana. Su fascinación por decapitar siempre estuvo presente desde muy niño. El odio a sus familiares también. Edmund creía que todos recibían cariños y atenciones menos él, sentía

que no era querido y pensaba de adolescente que, para besar a una mujer, la tendría que matar antes. Poco después de lo de la muñeca, quiso probar qué pasaría con un ser vivo. Enterró a su gato y, cuando comprobó que estaba muerto, lo desenterró para también decapitarlo. Estas “rarezas” en su forma de pensar y actuar, junto con la denuncia de haber disparado contra algunos perros del vecindario, no le granjearon muchos amigos en el colegio. Sus compañeros pensaban, no sin motivos, que era un chico raro y cada vez lo fueron aislando más. Las chicas eran un mundo desconocido para él, cuenta que a veces merodeaba a sus vecinas y se imaginaba matándolas, cortándoles la cabeza y haciendo el amor con ellas posteriormente. Esta fantasía la llevó a la práctica con seis estudiantes jóvenes, pero previamente había experimentado que se sentía a la hora de matar a alguien asesinando a sus propios abuelos con un rifle.

Recogió a sus víctimas mientras hacían autostop, las solía matar en su coche y posteriormente las llevaba a su casa donde las descuartizaba. Una vez asesinadas, mantenía relaciones sexuales con ellas y tras deshacerse del cadáver, guardaba en el armario de su dormitorio sus cabezas.



Edmund Kemper.

Kemper contaba que el ser así se debía a la relación con su madre, una mujer manipuladora y controladora que le generaba una gran rabia. Muchos estudiosos de Kemper aseguran que si la primera muerte hubiera sido la de su madre, todo habría acabado allí, que sus asesinatos no eran más que la proyección sobre otras personas de la rabia que sentía contra su madre. Algunos piensan que después de acabar con vida de inocentes, Edmund se dio cuenta de que debía hacer frente a su gran y auténtico “enemigo”.

Una noche se levantó de la cama y fue hasta la habitación de su madre con la intención de asesinarla. Tras golpearla y acuchillarla, la decapitó, se masturbó y

jugó a los dardos con su cabeza colocada sobre la chimenea a modo de diana. Sin embargo, esto no acabó con su frenesí asesino, parece que su sed de muerte no se apagó con el asesinato de su madre, pues esa misma noche invitó a cenar a una de las mejores amigas de su madre. Cuando ésta llegó a su casa, Edmund la asesinó. La propinó un fuerte puñetazo en el estómago, la estranguló y decapitó, colocándola finalmente acostada sobre su propia cama.

A partir de este episodio decidió entregarse porque, según sus propias palabras, pensaba que iba a perder el control en algún momento y eso le atormentaba. Tras conducir su coche durante un largo tiempo, paró en una cabina telefónica y le contó a un policía lo que llevaba haciendo desde hacía meses. Necesitó llamar en varias ocasiones y hablar con distintos policías porque no se tomaban en serio lo que contaba.

Ressler pretendía penetrar en la mente de personas como Kemper, esa era su metáfora de cómo llegar a conocer a personas que parecían disfrutar asesinando a sus semejantes de esta forma tan aberrante. Entrar en sus mentes significaba conocer cómo funcionan sus cerebros, cómo piensan, qué les motiva y empuja a ser capaz de excitarse sexualmente con una cabeza decapitada. El agente creía que, haciendo esto, podía llegar a ayudar a los policías que se enfrentaban a casos como los de Kemper o similares. Pensando como lo hacen ellos y comprendiendo sus actuaciones, podía aportar información útil para luchar contra estos monstruos.

A partir de sus estudios, Ressler y sus compañeros comenzaron a desentrañar algunos misterios de la mente criminal y empezaron a encontrar respuestas y a conocer mejor qué pasa en la mente de un sujeto que dedica su vida a asesinar a personas que ni siquiera conoce y con las que no ha tenido ningún tipo de conflicto.

Entre otros conocimientos, descubrieron que los asesinos en serie se podían clasificar en lo que denominaron “*asesinos organizados*” y “*asesinos desorganizados*”. Ressler contaba como usó los adjetivos organizado y desorganizado para no utilizar terminología psicológica con policías que no tenían la formación suficiente. Realmente, cuando hablaba de asesinos organizados se estaba refiriendo a *asesinos psicópatas*, aquellos que muestran una gran planificación en la ejecución de sus crímenes, son inteligentes, fríos y calculadores, que destruyen los rastros que les incriminan en la escena del crimen, ocultan los cadáveres y pueden parecer personas adaptadas y

equilibradas en el entorno en el que viven. Frente a éstos, los desorganizados son *asesinos psicóticos*, personas con desequilibrio mental, que no mantienen un contacto con la realidad y que muestran crímenes más aberrantes y sin sentido. Estos desorganizados pueden elegir a víctimas cercanas, sus vecinos o compañeros de trabajo, actúan por impulso o como respuesta a un brote psicótico tales como alucinaciones visuales o auditivas. No planifican, su deterioro cognitivo no les permite premeditar sus ataques, usan armas de oportunidad que encuentran en la propia escena y no borran sus rastros ni tratan de esconder a sus víctimas, las cuales suelen ser abandonadas en el mismo lugar en el que son asesinadas.

Esta clasificación tenía la intención de entrenar a los policías que llegaban a la escena del crimen para ser capaces de analizar distintos indicios e identificar ante qué tipo de asesino podrían estar y cuáles eran las características básicas de la persona a la que tenían que buscar. Su uso se ha extendido en los últimos años y muchas policías de distintos países siguen aún trabajando con ella a pesar de que algunas investigaciones científicas han mostrado que esta clasificación no es realmente ni fiable, ni válida. En los crímenes reales es muy difícil encontrar escenas puramente organizadas o puramente desorganizadas, en la mayoría de las ocasiones nos encontramos escenas con componentes organizados y desorganizados. Además, no todos los asesinos pueden encajar en un diagnóstico psicopático o psicótico. No obstante, el ámbito policial trabaja con criterios de utilidad y no con criterios estrictamente científicos, por lo que si a los policías les ayuda en algún sentido, la seguirán usando.

A esta clasificación, el F.B.I y la *Unidad de Ciencias del Comportamiento* ha ido sumando otras aportaciones al conocimiento del comportamiento criminal y otras clasificaciones como las de agresores sexuales. La metodología de entrevistarse con los criminales queda desde este momento establecida como una forma de obtener conocimiento para luchar contra el delito. A los criminales ya no solo se les detiene y se les encierra en cárceles, sino que se les intenta analizar y evaluar para obtener información que ayude a derrotarlos del mismo modo que se hace con una enfermedad o con un virus, al que se trata de conocer y comprender en su forma de actuar para poder crear una vacuna contra él.

De estos estudios del F.B.I surge un modelo teórico que trata de explicar el desarrollo de la personalidad del asesino en serie. Según dicho modelo, éste convive en su infancia temprana con un ambiente social ineficaz, con padres ausentes o desestructuración familiar, lo cual le conduce a una serie de déficits

relacionados con el autocontrol, las emociones y las habilidades sociales. Desde este modelo, el niño crece sin una disciplina o con una muy férrea y dura, lo cual le genera inseguridad y desconcierto. Además, no aprende a identificar, manejar y gestionar sus emociones, lo que le hace ser una persona fría, insensible y con escasa empatía, lo que se reflejará en sus actos homicidas. No dispone, además, de habilidades de comunicación o de socialización que le permitan solucionar sus problemas, solo cuenta a menudo con la violencia como único medio para responder ante sus frustraciones.

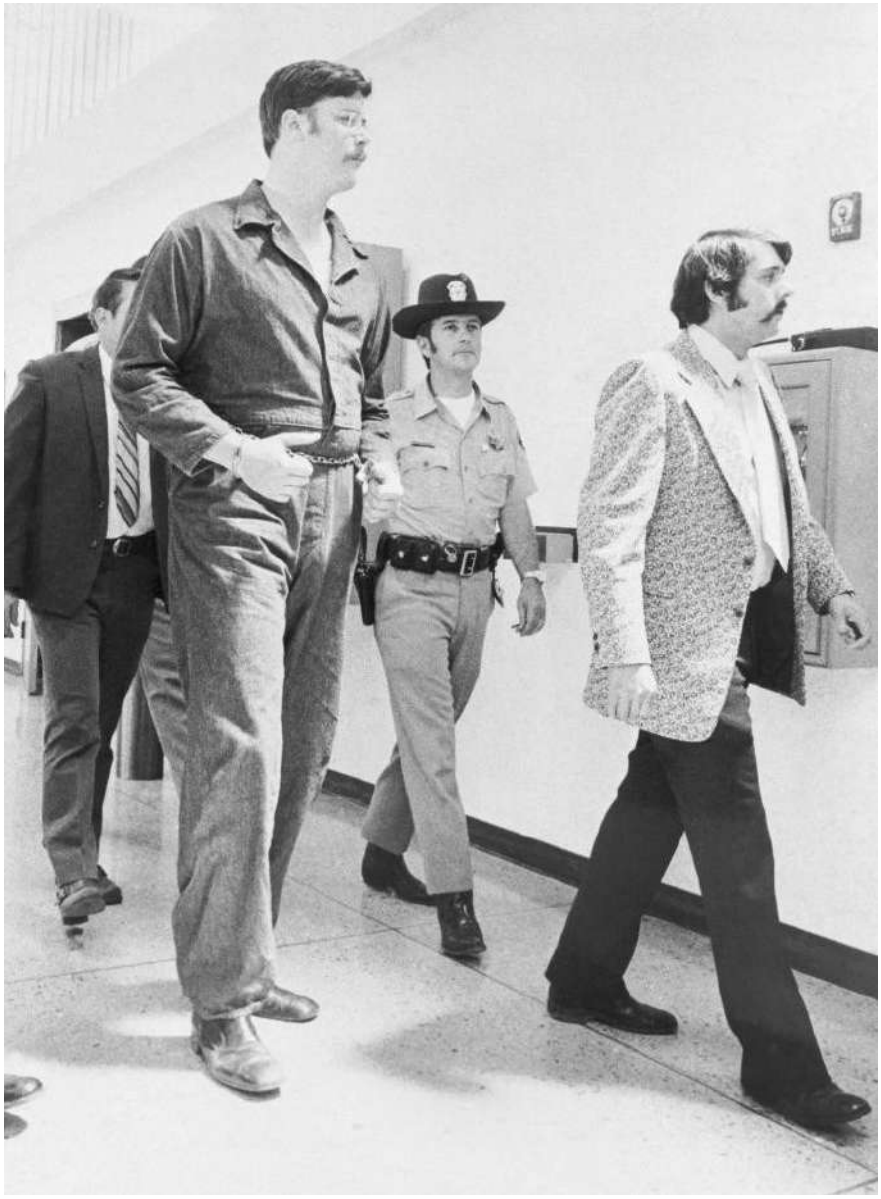
En esta situación, el niño no posee estrategias de afrontamiento para resolver los conflictos que se le presentan y empieza a esconderse tras una serie de fantasías en la que suelen ir introduciendo el componente violento como un elemento central. Los asesinos en serie suelen ser niños que son aislados por sus compañeros de clase o que optan por autoaislarse y vivir en un mundo aparte de los demás, lo cual genera rencor y miedo sobre esa sociedad a la que consideran hostil. En Kemper podemos observar esta situación. Sus padres estaban divorciados y parece que su madre quería hacerle un chico fuerte mediante la humillación y el desprecio. No se sentía querido y sufría malos tratos. En el colegio era considerado un bicho raro y eso le hacía aislarse e inventar un mundo paralelo donde el rencor y la venganza cobraban un gran protagonismo. En ese momento suelen aparecer comportamientos que muestran crueldad con animales, pequeños robos caseros e incendios que van alimentando fantasías cada vez más violentas. Kemper cuenta como, en un centro comercial, asistió a un espectáculo de magia donde un mago ofrecía un truco con una guillotina. En primer lugar, el mago colocó una patata bajo la guillotina y posteriormente la accionó tras lo cual, la cuchilla cayó y cortó en dos la patata. A continuación, el mago pidió un voluntario y salió una jovencita rubia a la que el mago colocó debajo de la guillotina. En este momento Kemper se excitó enormemente con la idea de la decapitación que posteriormente fue un elemento crucial en sus asesinatos. No podía dejar de pensar en cortarle la cabeza a alguien. Fantasías como ésta se desarrollan en la mente del asesino en serie y se hacen cada vez más complejas y realistas. Cuando llegan a la adolescencia y surge el desarrollo sexual, el sexo se introduce también en dichas fantasías, como cuando Kemper imagina que asalta a sus vecinas, las asesina y posteriormente mantiene con ellas relaciones sexuales. Estas fantasías van evolucionando y poco a poco tratan de hacerse realidad. Muchos asesinos en serie comienzan siguiendo a sus vecinos, espiando o merodeando en la noche a personas que encuentran en la calle. Ensayan e imaginan cómo lo harían, cómo atacaría a su víctima, qué harían con ella…y un día deciden pasar al acto, llevar a la realidad sus fantasías. Desde este modelo

teórico, el asesino en serie no logra nunca realizar su fantasía tal y como quiere, por lo tanto necesita repetir una y otra vez sus actos, necesita matar una y otra vez.

Después de pasar cuatros años en el hospital psiquiátrico de Atascadero por matar a sus abuelos, Kemper pasaba muchas horas conduciendo. Durante un tiempo se dedicó a recoger a docenas de chicas que hacían autostop muy cerca del campus universitario donde trabajaba su madre. Durante los trayectos con estas chicas, él trataba de poner a prueba su capacidad para interactuar con mujeres, intentando conseguir que las chicas se relajaran y se sintieran a gusto y tranquilas. Estaba entrenando, llevando a la realidad poco a poco su fantasía. El 7 de mayo de 1972 Kemper recoge a dos universitarias que hacían autostop y les da varias vueltas para comprobar que las chicas no conocen la zona. Las lleva a un lugar de intimidad y encierra a una en el maletero mientras esposa a la otra en el asiento de atrás. A ésta chica la cubre la cabeza con una bolsa de plástico y la empieza a propinar decenas de navajazos, tras lo cual, acaba degollándola. Posteriormente, saca a la otra chica del maletero y empieza a acuchillarla de la misma manera hasta que pierde sus fuerzas. Lleva los cadáveres a su piso y en su dormitorio les saca fotos mientras las va desnudando y descuartizando. Para finalizar, se masturba con distintas partes de los cuerpos mutilados, igual que hará días después contemplando las fotografías. Durante algún tiempo, guarda en el armario de su dormitorio las cabezas decapitadas, para posteriormente tirarlas por un barranco. Por primera vez, Kemper había hecho realidad su fantasía, una fantasía que trató de perfeccionar en cuatro ocasiones más.

Estuvo unos meses sin volver a asesinar, es lo que se suele denominar *periodo de enfriamiento*, un tiempo de equilibrio en el que el asesino no tiene el impulso de volver a matar. Este periodo no es duradero, tarde o temprano su sed homicida vuelve a aumentar, como si la tranquilidad que le ha propiciado su asesinato se fuera desgastando y tuviera la necesidad de volver a conseguirla con otra nueva muerte. Algunos asesinos en serie se dedican en estos periodos de enfriamiento a tratar de revivir la experiencia de sus asesinatos mediante el recuerdo por medio de lo que se denominan *trofeos*. Estos *trofeos* suelen ser objetos que los asesinos roban a sus víctimas y que guardan para utilizar como un estímulo que les recuerda y les lleva de nuevo a sentir lo que experimentaron durante sus asesinatos. Kemper pasaba largas horas contemplando las fotos que les había realizado a sus víctimas, recordando lo que había vivido y sentido al igual que una persona vuelve a recordar sus vacaciones en Roma viendo su imán de la *Fontana di Trevi* pegado en el frigorífico. Además, en el armario de su

dormitorio solía guardar las cabezas de sus víctimas al igual que hizo con la cabeza de la muñeca de su hermana. Como si fuera un cazador que admira las cabezas de sus animales colgadas en su salón, Edmund hacía lo propio con las cabezas de sus víctimas y hacía real aquella fantasía que le rondaba su mente desde aquel episodio con el mago en el centro comercial. Su pasado se refleja en sus crímenes, su forma de pensar, sus deseos, forma de interpretar y relacionarse con el mundo está de una manera u otra proyectándose en sus asesinatos. Este es otro elemento en el que se basa la Perfilación Criminal.



Kemper detenido.

La Perfilación parte de una premisa muy utilizada en el ámbito de la Psicología:

en cada comportamiento que realizamos nos describimos a nosotros mismos, somos lo que hacemos y hacemos lo que somos. En los distintos contextos en los que nos desenvolvemos en nuestra vida: laboral, personal, de relaciones…nos solemos comportar de la misma manera, reflejando lo que somos. Este "lo que somos" se refiere a nuestra forma de ser, a nuestra personalidad. Si somos una persona impulsiva, que actuamos sin pensar, irreflexivamente y sin pararnos a medir las consecuencias de nuestras acciones, seremos impulsivos en nuestros actos cotidianos, a la hora de comprarnos un televisor, de solucionar un problema en el trabajo, a la hora de romper con una pareja y también nos comportaremos de esta manera a la hora de cometer nuestros crímenes. Es decir, no podemos dejar de ser como somos siendo un amigo, un empleado o un asesino.

La Perfilación Criminal no aborda solo el análisis o perfil psicológico del criminal, sino que trata de identificar características sobre el autor de un crimen en distintas esferas: personal, social, económica, geográficas. Mediante el perfil, tratamos de aportar información sobre si el autor de un determinado delito es posible que tenga trabajo o no y qué tipo de empleo puede tener, si está casado, tiene familia o es una persona solitaria, si está adaptado y convive sin problemas en su entorno o por el contrario es una persona aislada, si es posible que tenga algún tipo de antecedente policial o judicial…El rango de información que se puede aportar es amplio, lo cual no quiere decir que sea fácil ni simple llegar a inferir este tipo de conclusiones.

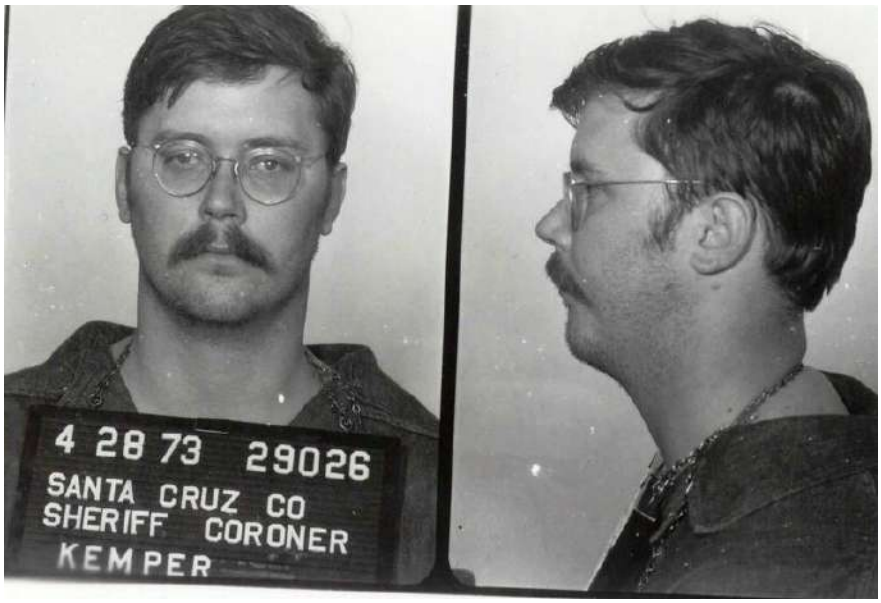
En este caso, la premisa de la que se parte es que, al igual que el comportamiento del criminal refleja cómo es, los condicionantes y características sociales de éste también pueden quedar reflejados en su escena del crimen. Por ejemplo, Edmund Kemper solía acceder a sus víctimas recogiéndolas en la carretera mientras realizaban autostop. De entre otras varias opciones para acceder a víctimas, Kemper eligió esa, ¿Por qué?

Después de salir del Hospital de Atascadero en el que estuvo ingresado tras los asesinatos de sus abuelos, Kemper encontró trabajo en el Departamento de Autopistas del Estado realizando tareas de guardavías y mantenimiento. Este trabajo le obligaba a estar en la carretera durante mucho tiempo, lo que le permitió conocer que era muy frecuente que chicas jóvenes hicieran autostop por aquel lugar al tratarse de una zona universitaria. Este mismo trabajo le permitió adquirir un amplio conocimiento respecto a las carreteras de la zona y a determinados lugares donde podría llevar a sus víctimas para asesinarlas o

deshacerse posteriormente de sus cuerpos. En este caso, vemos como el trabajo de Kemper se proyecta en su crimen, concretamente en el acceso a su victimología y en el desarrollo espacial de sus crímenes. Esto nos habla de que, este tipo de asesinatos, solo podría ser realizado así por una persona de la zona, alguien que por su actividad personal o laboral conociera estas características del lugar. Estos actos indican una relación estrecha con la geografía y con el contexto que no podría ser mostrado por una persona que no viviera por allí.

Para recoger a las autoestopistas es necesario disponer de estos conocimientos, pero también de un recurso muy importante, un vehículo. Además, las víctimas solían aparecer descuartizadas, con partes de cuerpo enrolladas en mantas y bolsas de plástico, lo que significa que Kemper disponía de oportunidad y espacio para realizar esto. Parece poco probable que este tipo de actividad criminal pudiera ser realizado en una casa familiar, donde una esposa, hijos o familia pudieran ser testigo de estos hechos. Por tanto, era necesario ser una persona con cierta libertad de movimientos y disponer de un lugar de intimidad. A veces Kemper se pasaba toda la noche troceando a sus víctimas o deshaciéndose de los cuerpos, lo que era posible porque vivía solo y podía entrar y salir de casa sin responsabilidades familiares ni necesidad de dar explicaciones a nadie.

Algunas de las víctimas de Kemper habían sido abordadas en el campus universitario, lo que requería, además de conocimiento de la zona, un pase de acceso al campus con vehículo que solo se podía obtener por ser estudiante o trabajador del mismo. Una vez más, las condiciones personales de Kemper se relacionaban con los hechos, pues su madre trabajaba como administrativa en la universidad y disponía de un carnet de acceso. En ocasiones Kemper la iba a recoger, por lo que disponía de una copia y del suficiente conocimiento como para moverse por ese lugar.



Ficha de Edmund Kemper.

Todos tenemos, además de unas características psicológicas, unos condicionantes y circunstancias situacionales que nos facilitan o entorpecen, nos obligan o limitan la realización de determinadas acciones. Somos nosotros y nuestras circunstancias, los criminales también.

Es muy fácil explicar esta premisa a partir del conocimiento personal. El conocimiento del que disponemos, nuestra formación o habilidades nos permiten realizar o no una determinada actividad. Por ejemplo, para arreglar la avería de un vehículo debemos tener cierto conocimiento y habilidades relacionadas con la mecánica, al igual que para hackear un cajero bancario y hacerse con dinero se necesita cierto conocimiento informático. Cuando un criminal se encuentra ante su actividad delictiva, responde y actúa con todo lo que puede, entre ello con sus conocimientos. Adapta en la medida de lo posible su actividad delictiva a sus capacidades y eso se reflejará en su crimen. Si quiere robar dinero y no puede hackear el cajero deberá, por ejemplo, esperar a que una persona saque dinero y robarle a punta de navaja. Ambas formas de cometer el delito nos están hablando de dos tipos de conocimiento y formación distinta.

Lo mismo ocurre con otras características y condicionantes. Tener o no tener un empleo se puede reflejar, por ejemplo, en las franjas horarias que un criminal escoge para llevar a cabo sus delitos o en el día de la semana en el que puede realizarlo. Si tiene o no vehículo, podrá llegar a algunos sitios y a otros no, si conoce la zona podrá seleccionar determinados lugares y huir con mayor rapidez. Está claro que Kemper, si no hubiera conocido la zona y no hubiera

tenido vehículo, no podría haber realizado los crímenes de esa manera. Si hubiera convivido con alguien en su casa no podría haber llevado allí a sus víctimas o salir de ella con bolsas manchadas de sangre.

Cuando Kemper para su vehículo junto a una chica que hace autostop y la invita a subir para llevarla a algún lugar, éste debe poner en juego ciertas habilidades. Una chica que hace autostop tiene cierta predisposición a subirse con un desconocido o desconocida en un vehículo, pero no lo hará con una persona que no le genere confianza por su aspecto o forma de hablar. Él lo sabe y está durante meses "entrenando" esta estrategia, para lo cual recoge a docena de chicas con las que habla y va aprendiendo determinadas artimañas para generar un clima de confianza y seguridad que haga que la chica suba tranquila a su vehículo. Esto lo puede conseguir porque tiene ciertas habilidades de comunicación, habla bien, con un tono agradable, es educado y transmite una imagen de "bonachón". Sin esta capacidad tendría que haber actuado de otra manera, quizás abordando a otro tipo de víctimas, en otro lugar y de otra manera. Por tanto, sus características le posibilitaron su acción criminal. Visto desde la posición de la Perfilación Criminal, sus características dejaron rastro en su comportamiento criminal.

Entrar en la mente del criminal es posiblemente una metáfora excesivamente pretenciosa del trabajo del profiler. Su labor no es desentrañar los oscuros entresijos del cerebro criminal, ni siquiera llegar a entender por completo qué le conduce a convertirse en un asesino en serie. El objetivo del profiler es aportar información y conocimiento sobre las características del autor de un crimen con la intención de ayudar a los investigadores policiales a poder detenerlo.

Para ello no nos centramos en su mente sino en su conducta, en las acciones que realiza durante el desarrollo de su crimen, pues son éstas las que nos van a permitir "conocerlo", las que posibilitarán que nos podamos hacer una idea respecto a cómo es y qué peculiaridades puede presentar.

Entrevistarse con asesinos y criminales puede aportar alguna información, pero no hay que olvidar que lo que éstos nos digan puede ser mentira, puede estar racionalizado o manipulado a conveniencia del entrevistado. Muchos criminales, especialmente los que presentan rasgo psicopáticos, suelen ser muy narcisistas por lo que, cuando hablan de sus crímenes, se suelen mostrar como más inteligentes, planificados y astutos de lo que realmente son. Les excita hablar de sus hechos pero siempre con esa imagen de superioridad, para lo cual inventarán

lo que sea necesario. Otros, por el contrario, pueden creer que les beneficia una argumentación exculpatoria y hablarán de ellos mismos como una víctima, como unos niños maltratados o abusados que no sabían muy bien lo que hacían o que no recuerdan. A veces, presentan determinados hechos atroces de una forma menos cruel, maquillada a su antojo para no parecer tan despiadados o monstruosos, son asesinos pero no tontos. Algunos, directamente mienten porque piensan que les puede perjudicar contar lo sucedido o incluso para encubrir otros hechos con los que pueda estar relacionado.

Kemper nos muestra precisamente esto cuando habla de sus asesinatos. Para él, acabar con la vida de estas personas inocentes era “una declaración social”, una respuesta a la sociedad arrebatándoles a sus miembros más valiosos, golpear a la burguesía que representaban estas niñas pijas para él. Eran personas que acabarían estando más preparadas que él, más felices e integradas en la sociedad.

Creerse esta explicación de Kemper es una opción. La imagen que pretende dar de un activista social, de un luchador reivindicativo contra una sociedad clasista nos habla más de su capacidad verbal para engañar que de sus verdaderas intenciones. La misma verborrea embaucadora con la que hacía que esas chicas se subieran a su coche. Al elegirlas no lo hacía por su estatus social, lo hacía porque eran víctimas propicias, chicas jóvenes a las que podía introducir en su vehículo de una forma más fácil. Masturbarse con sus cabezas decapitadas o jugar a dardos con la cabeza de su madre no tienen nada de lucha social. Kemper racionalizó su brutalidad, maquilló sus atrocidades con un discurso que pretendía engañar a los demás o a él mismo, posiblemente a ambos.

Somos más elocuentes por lo que hacemos que por lo que decimos. El comportamiento siempre existe, no es posible no comportarse, se puede simular o alterar, pero esta simulación o alteración también implica un comportamiento. Los rastros de conducta que el delincuente deja en su crimen son únicos y son fruto de decisiones, de formas de pensar, de preferencias y motivaciones propias de ese criminal. Analizar estas conductas y tratar de ver quién puede estar detrás de ellas es lo más cercano que el profiler está de entrar en la mente del asesino.

Ressler y Kemper en una de sus entrevistas.

Ressler recuerda que analizó las posibilidades de que realmente Kemper pudiera hacerle daño en aquella celda donde lo estaba entrevistando. Durante aquellos eternos minutos se arrepintió mil veces de haber accedido a entrevistarse a solas con él y trataba de percibir algún gesto que predijera un ataque. Le insinuó que estaba armado y que agredirle le haría su vida más dura en aquella cárcel. Kemper controlaba la situación como lo hacía con las chicas en su vehículo. Con sorna, le dijo a Ressler que no podían hacer que su vida fuera más dura, como mucho lo dejarían sin ver la tele durante un tiempo. En ese instante se oyeron pasos y un funcionario apareció ante la puerta para abrirla. Ressler, suspirando, se dispuso a salir y Kemper se acercó a él y colocándole una mano en el hombro le dijo: *"sabes que solo estaba bromeando, ¿verdad?"*

Dónde Mirar En La Escena Del Crimen.

En muchos crímenes, la escena, el lugar donde ocurren los hechos tiene un especial significado que nos ayuda a entender lo que ha ocurrido. Si el lector me permite la metáfora, un crimen puede ser asimilado a una obra de teatro. Los protagonistas, la víctima y el victimario, nos presentan un drama con distintos actos que desembocan finalmente en el delito. Cada uno de ellos representa su papel y su personaje, voluntario en el caso del victimario, involuntario en el caso de la víctima. Ellos son los protagonistas, pero ninguna obra puede representarse en la nada. Toda obra se ejecuta en un espacio, en un escenario. Este lugar permite a los protagonistas interpretar su papel, moverse e interactuar, pero sobretodo contextualiza la obra, presenta el decorado que ayuda a la acción, a crear un clima y ambiente acorde con la historia que se está desarrollando. Si no le queda claro esta explicación, imagínese un diálogo de Romeo y Julieta sustituyendo el balcón de un palacio medieval italiano por una sala de despiece de un matadero.

El 23 de enero de 2003 muchos medios de comunicación dan cuenta de un hecho sorprendente en la ciudad de Barcelona. Hallan a otra mujer asesinada en el mismo parking en el que once días antes se había encontrado el cadáver de una mujer atrozmente atacada. Los vecinos de la zona, y especialmente los usuarios del parking, estaban aterrorizados y perplejos por lo que estaba sucediendo. No se podían explicar cómo era posible que hubieran asesinado a dos mujeres en tan poco tiempo y en el mismo sitio, un parking de la calle Beltrán del barrio del Putxet.

El día 11 de enero, los hijos de la primera víctima buscan a su madre después de que no llegara a casa a la hora de comer como hacía todos los días. Tratan de contactar con ella infructuosamente llamando a su móvil y deciden desplazarse al parking para ver si ha llegado hasta allí. Encuentran su coche aparcado en la plaza correspondiente y deciden buscar por los alrededores. Poco después, su hija encuentra un anillo perteneciente a su madre tirado en el suelo cerca del ascensor y a varios metros de éste, una colilla de cigarro es recogida por su hijo como intuyendo un mal presagio. Llegaron a la escalera de servicio y al asomarse por una barandilla vieron una bolsa de basura y una mano.

La agresión había sido brutal, el cadáver presentaba once heridas contusas en la cabeza propinadas con un objeto contundente con una base cuadrada de 3,5 centímetros, lo más probable es que fuera un martillo. Además de estos golpes, la víctima tenía diversas heridas provocadas por un cuchillo, algunas defensivas

que le habían causado cortes en las manos y en los brazos, otras puñaladas penetrantes en el abdomen, la zona costal y en la ingle. No había indicios de agresión sexual y el asesino había rebuscado en su bolso llevándose el móvil y varias tarjetas de crédito, aunque no le había robado las joyas que portaba. El cadáver aparecía tapado por una bolsa de basura de plástico.

Encuentro de la primera víctima. Foto del sumario.

Unas horas más tarde, el agresor había sacado dinero de la tarjeta bancaria usando el pin que la víctima guardaba escrito en un papel en su cartera. Ya en la noche, el marido de la víctima recibe un mensaje desde el teléfono de su esposa: “mañana te llamo”. Al día siguiente volvió a recibir otra llamada de un hombre que le pedía dinero a cambio de ofrecerle información sobre lo que le había pasado a su esposa. Quedaron en varios lugares de la ciudad de Barcelona para hacer el intercambio de dinero por información, pero esta persona nunca acudió a esos lugares o no se atrevió a acercarse al marido.

El asesinato empezó a ser conocido en los medios de comunicación y los usuarios de parking y vecinos de la zona se mostraban inquietos y asustados. Un asesino andaba suelto por el barrio. No se equivocaban, era un asesino, estaba suelto y lo peor de todo, era un asesino en serie. Once días más tarde, otra mujer que aparcaba su coche en el parking apareció asesinada.

El marido de la segunda víctima, al ver que no conseguía localizar a su esposa, fue a buscarla finalmente al parking, donde su coche aparecía aparcado en su plaza como si nada. En el descansillo de la escalera pudo ver algo tapado con una gran bolsa de basura, de ella sobresalían unos pantalones que rápidamente reconoció. Era el mismo lugar donde había aparecido la primera víctima.

Una vez más, la agresión había sido brutal, el cuerpo estaba sobre un gran charco de sangre, semisentado bajo el hueco de la escalera. Las manos estaban sujetas a la espalda con unas esposas y las muñecas atadas con una cuerda, al igual que uno de sus pies que el agresor había atado a la barandilla con el cordón de los zapatos de su víctima. La cabeza aparecía tapada por una bolsa de plástico.

Con la cabeza cubierta, la víctima había recibido más de una docena de golpes contundentes en el cráneo que eran compatibles con el mismo martillo utilizado en el primer asesinato. Dentro de su boca había un trozo de periódico que había sido utilizado para amordazarla. En esta ocasión no había usado el cuchillo, pero había vuelto a robar el móvil y las tarjetas de crédito.

Como comentábamos en el capítulo uno, hoy en día la investigación criminal no puede entenderse sin la participación de la *Ciencia* como herramienta de apoyo. El conocimiento atesorado por ciencias como la Medicina, la Física, la Biología o la Antropología se ponen al servicio de la policía para resolver la inmensa mayoría de las investigaciones. Cuando ocurre un hecho delictivo, la policía tiene el encargo legal de esclarecerlo y de poner frente a los tribunales al culpable o culpables de dicho hecho. Junto al autor o autores, la policía debe presentar también una serie de *evidencias* con las que demostrar lo sucedido y su autoría. Para ello debe recoger en la escena del crimen aquellos elementos que expliquen lo ocurrido y que identifiquen a una o varias personas como autoras del hecho delictivo. Esta recolección de elementos se llamar en el argot policial *"procesamiento de la escena"* y se estructura técnicamente en lo que se denomina *"Inspección Técnico ocular"*, la cual es llevada a cabo por personal técnico conocidos generalmente como *Policía Científica*. Hoy en día, numerosas series de televisión y películas han hecho bastante conocida la labor de estos profesionales que aportan el enfoque científico a la resolución de crímenes.

Para entender un poco esta labor hay que conocer *"El Principio de Intercambio de Locard"*. El Dr. Edmond Locard describía con este principio como, a través del contacto de un sujeto con otro o con objetos, se producían transferencias de materiales físicos entre ellos. Esto, en términos criminalísticos significa que el criminal, durante el desarrollo de su crimen, contacta, interacciona y toca a la víctima y a los objetos de la escena con lo cual, algo del criminal quedará en la víctima y en los objetos de la escena y viceversa. Como decía Locard en 1934:

"por cualquier lugar donde camines, cualquier cosa que toques, o que dejes — aunque sea inconscientemente— será un testigo silencioso contra ti".

Edmund Locard.

Esta transferencia puede ser, por ejemplo, de restos biológicos como sudor, saliva, semen, sangre o de restos dactiloscópicos provocados por la impresión de las crestas papilares de la yema de un dedo con alguna superficie porosa. El número de posibles elementos de transferencias es elevado, desde una huella dactilar hasta una fibra de tejido de la ropa del criminal. Son tantas las posibilidades de transferencia que, cuando el criminal huye de la escena, no puede eliminar todas las huellas que ha ido dejando durante la comisión de su crimen. Incluso cuando estos restos sean microscópicos, son susceptibles actualmente de ser analizados a nivel forense y ofrecer información. Identificar,

recoger y analizar científicamente estas huellas son las funciones de la *Policía Científica.*

Ahora nos podemos plantear la siguiente pregunta ¿Qué relación existe entre la Policía Científica y la Perfilación Criminal? La respuesta es bastante simple, mucha. La *Policía Científica* trata de ayudar a la investigación para detener al culpable de un delito. Utiliza para ello el conocimiento científico y lo hace mediante el procesamiento y análisis del crimen y su escena. Todas estas características son compartidas con la Perfilación Criminal. La única diferencia que puede establecerse es que los rastros, indicios o huellas que buscan pueden considerase un tanto distintos. Cuando un equipo de *Policía Científica* llega al lugar de un crimen, los técnicos tratan de buscar estos rastros de los que hemos hablado antes: restos de sangres, fibras, pelos, huellas dactilares…Todos ellos tienen algo en común, son indicios materiales, son elementos físicos que pueden observarse (aunque sea microscópicamente), tocarse, medirse y ser trasladado de alguna manera hasta un laboratorio para analizarse y obtener información de ellos. El profiler, por su parte, también busca rastros en el crimen y en la escena, pero sus indicios no son materiales, no pueden observarse, tocarse o medirse, son indicios de comportamiento.

Policía Científica trabajando en la escena.

Cuando un criminal comete un delito, además de rastros físicos, deja también en la escena huellas de sus características psicológicas, por ejemplo su inteligencia, su impulsividad o determinadas habilidades sociales. Aspectos emocionales como la ira, el odio o la venganza también quedan depositados en la escena o en la víctima. Estas “huellas psicológicas” o de comportamiento también obedecen al *Principio de Intercambio de Locard*. La diferencia en este tipo de rastros es

que no son físicos, no se pueden recoger con unas pinzas, empaquetar y llevar a un laboratorio. La labor del profiler es identificar estas huellas en el crimen y analizarlas para obtener información que nos hablen de cómo es el autor del delito.

Si el carácter microscópico de algunos indicios físicos hace muy compleja y difícil la labor de *Policía Científica*, el lector podrá hacerse una idea ahora de la complejidad que tiene para el profiler la identificación de indicios de comportamiento. Generalmente, los técnicos forenses se sirven de métodos físicos o químicos para hacer visible al ojo humano algunos indicios. Por ejemplo, para revelar una huella dactilar sobre un objeto que no es visible a simple vista, los criminalistas utilizan unas sustancias químicas en forma de polvos que se adhieren al aceite y a otros componentes húmedos que ha dejado la yema del dedo al tocar dicho objeto. Para buscar indicios pequeños, pueden utilizar lupas o unas linternas especiales con distintas ondas de luz que resaltan algunas características de los materiales de los que está compuesto. Ahora bien, ¿Cómo podemos buscar el indicio de comportamiento que refleja el odio del agresor? ¿Dónde puede quedar marcado este odio y cómo se puede hacer visible para el profiler?

Para elaborar un perfil criminológico debemos analizar distintos elementos de un crimen. El primero de ellos puede ser la escena, el lugar de los hechos. La escena del crimen es un lugar muy importante porque nos permite contextualizar lo ocurrido, situarlo en un espacio, en un ambiente y en una situación concreta. Lo denominamos precisamente *escena* porque nos presenta el escenario en el que interactúan la víctima y su agresor, un lugar que tiene unas características físicas y espaciales, pero también unas características ambientales, sociales e incluso psicológicas. Piensen en su hogar, ¿es para usted solo un conjunto espacial de paredes y mobiliario?

El parking de la calle Beltrán es el lugar que elige el asesino para cometer sus crímenes, esto implica que es seleccionado por algún motivo. Incluso cuando pueda parecer que el criminal elige un lugar al azar, detrás de ese azar el posible establecer algún significado.

¿Por qué elige ese mismo lugar para cometer sus asesinatos? ¿Qué tiene de especial? Generalmente, los criminales tratan de seleccionar el lugar donde van a cometer su crimen basándose en criterios de seguridad, es decir, aquel lugar que suponga el menor peligro para ellos. Esto no ocurre siempre, ya que a veces el

lugar no puede ser escogido por el criminal, sino que está relacionado más con la situación de su víctima o su objetivo. Para entenderlo fácilmente, a un ladrón le gustaría atracar una sucursal bancaria que estuviera en una zona solitaria, aislada y con facilidad para entrar, pero estas condiciones no son posibles, por lo que debe conformarse y poner en cierto riesgo su seguridad. Lo que suele hacer el criminal es evaluar el coste-beneficio de su elección por lo que, de entre todas las sucursales bancarias para robar, elegirá aquella que mayor seguridad le ofrezca. Evidentemente, el criminal busca su seguridad personal, no sufrir daño y no ser detenido o descubierto.

El parking de la calle Beltrán no disponía de muchas medidas de seguridad, no tenía cámaras de grabación ni servicio de vigilancia. Las únicas medidas con las que contaba eran disponer de llaves para entrar por la puerta o hacer uso del ascensor. Además, un parking de cinco plantas como ese, es probable que genere mucho tráfico de personas, lo que supone posibles testigos para el criminal. Sin embargo, también es un lugar donde se pueden encontrar suficientes espacios de intimidad y ocultación para realizar este tipo de asesinatos. Pero aún debemos responder a la pregunta, ¿Por qué elige ese mismo lugar las dos ocasiones? Ambos asesinatos no pueden ser más similares en cuestiones espaciales, las dos víctimas eran usuarias del mismo parking y además utilizaban la plaza número quince de estacionamiento, una en la planta cuarta y otra en la planta quinta. Por si no fuera poco, el criminal lleva a las víctimas para agredirlas y dejarlas abandonadas al mismo lugar. Aunque puede haber coincidencias y azar, parece claro que todo esto debe tener algún tipo de explicación.

Existe en Criminología una teoría denominada *Teoría del Patrón Delictivo* que dice, entre otras cosas, que cuando a un criminal le suele salir bien un delito, en su siguiente actuación tratará de repetir los mismos comportamientos para volver a repetir el éxito. Esto quiere decir que, si elige un lugar y le sale bien, la próxima vez tratará de elegir el mismo lugar o uno muy parecido. Esto hace que los criminales suelan buscar a sus víctimas en sitios cercanos. En el caso que nos ocupa, el asesino sigue de forma extrema esta teoría. Sin embargo, es necesario analizar otras posibilidades. En un momento determinado de la investigación se llegó a pensar que estas casualidades espaciales se debían a que el asesino se había equivocado con la primera víctima y realmente quería asesinar a la segunda, por lo que tuvo que volver al mismo lugar. Se habló del trabajo de un sicario. Además, existe otra posibilidad para explicar esta repetición, vuelve al mismo lugar porque las víctimas que ha elegido deben ser de ese lugar.

El análisis de la escena del crimen, por parte del profiler, le permite hacer algo muy importante, reconstruir los hechos y poder identificar las evidencias de comportamiento con las que construirá su perfil. Como hemos mencionado, éste busca en la escena huellas de comportamiento, por lo que debe conocer qué pasó, qué acciones y conductas realizó el criminal. Cuanto más completa y fiable sea su reconstrucción de los hechos, más datos tendrá para poder analizar e inferir características del criminal.

La primera víctima parece que aparca su vehículo y se dispone a salir de él. El agresor posiblemente la estaba esperando oculto por algún lugar. Estaba fumando, se encuentran dos colillas, una en la escalera y otra donde estaba el cuerpo. Lo que parece claro es que la víctima advierte el peligro y posiblemente trata de huir y chillar, lo que hace que el asesino se tenga que emplear a fondo para hacerse con el control de la mujer. Es muy probable que no ocultara su rostro pues no era necesario, sabía cómo quería acabar aquello y que la víctima no iba a poder contar nada. Aquí advertimos, con este comportamiento, la clara intención homicida con la que llega al parking. En el forcejeo, la víctima recibe los cortes en manos y brazos. Los forenses estiman que esta lucha por sobrevivir pudo durar unos veinte minutos. Ambos pelean todo lo que pueden, pero finalmente la víctima acaba agotada por el esfuerzo, dolor y por la pérdida de sangre. El asesino no quiere acabar con su vida así y ahí, por lo que conduce mediante la fuerza a su víctima hasta la planta quinta. No sabemos si el lugar escogido para acabar de matarla es previamente conocido por el asesino o se dirige allí como consecuencia del forcejeo e intentos de huida. En esa lucha por sobrevivir, la mujer pierde por el camino su anillo y el asesino deja una colilla que posiblemente iba pegada a la suela de su zapato. Una vez en el hueco de la escalera, el asesino se dispone a matar. Para ello cambia de arma, necesita ser contundente, destructivo y usa el martillo que, junto con el cuchillo y la bolsa de plástico, ha traído a la escena. Los golpes están localizados, golpea con gran fuerza sobre la cabeza de la víctima. Finalmente, la tapa la cabeza con la bolsa de plástico y se dedica a rebuscar por su bolso.

En el segundo asesinato, el ataque es básicamente parecido excepto por los medios de control que utiliza sobre su víctima. En la primera ocasión, la mujer forcejea y le pone en serios problemas, grita y trata de huir, por lo que sabe que debe cambiar algo en su forma de actuar. En esta ocasión, además de traer a la escena el arma y la bolsa de plástico, trae también unas esposas y un trozo de periódico. Es probable que se aproxime a la mujer de forma sorpresiva, por la espalda, la golpea y queda en shock. Rápidamente la amordaza con el periódico

para evitar los chillidos que probablemente realizó la primera víctima y que podrían haber alertado a algún testigo. Aturdida, la lleva al hueco de la escalera. No quiere que se mueva como la primera, por lo que la ata a la barandilla con las esposas. No quiere que patalee, usa el cordón de la zapatilla para atarle el pie también a la barandilla. La cubre la cabeza con la bolsa de plástico y comienza con los golpes. Finalmente, vuelve a rebuscar en el bolso para hacerse con las tarjetas de crédito.

La escena, junto con los indicios, nos permite conocer cómo ocurrieron los hechos, los desplazamientos y movimientos realizados por la víctima y su agresor. Pero además, nos permite una primera aproximación al criminal y a su motivación. Para ello nos olvidamos por un momento de las características espaciales que nos ayudan a conocer el cómo sucedieron los acontecimientos y nos centramos en sus características ambientales. ¿Qué tipo de actividades se realizan en ese lugar? ¿Qué tipo de personas se relacionan con él? Con estas preguntas tratamos de establecer si el lugar nos puede dar información respecto a la motivación del crimen y respecto a las personas que puedan estar implicadas en los hechos. El parking está situado en el barrio del Putxet, una zona residencial de nivel socioeconómico alto de la ciudad de Barcelona. La actividad que se realiza en el parking es, evidentemente, la de un lugar donde los usuarios aparcan sus vehículos y donde entran y salen coches. Al no ser una zona laboral, la mayoría de las plazas de aparcamientos son usadas por vecinos del barrio, siendo el mayor tráfico de movimientos a primera hora de la mañana y por la tarde-noche. Al ser un parking con cinco plantas hay un gran número de coches, pero es muy probable que la mayoría de los usuarios se conozcan del propio parking o del barrio. Las personas que acceden a él deben disponer de unas llaves para abrir puertas y acceder al ascensor, aunque no es un lugar con grandes dificultades para penetrar si alguien se lo propone. Es un espacio donde los objetivos criminales que se pueden identificar serían: las personas, los propios vehículos u objetos de valor de los mismos.

Este análisis rápido nos permite relacionar el lugar con vecinos de la zona que usan el parking y nos ayuda a hacernos una primera idea respecto a las motivaciones criminales que pueden darse aquí, relacionadas con el robo o contra las personas.

Una vez analizada la escena, la cual nos permite contextualizar el crimen y reconstruirlo en cuanto a lo que al comportamiento se refiere, pasamos a un nuevo elemento de análisis, la víctima.

La base de este análisis parte de la premisa de que, conociendo a la víctima, podremos conocer a su victimario, a su agresor. Si el lector ha prestado atención, habrá descubierto que es la misma premisa que se utiliza para analizar la escena. Esto es tan correcto que, para la Perfilación Criminal, la víctima es considerada como una escena más que hay que procesar para buscar evidencias de comportamiento. El criminal interactúa con la escena, pero también lo hace con la víctima y con su cuerpo, por lo que dejará también aquí sus huellas. El comportamiento violento, que suele ser la base de un crimen -como por ejemplo el asesinato- generalmente supone contacto entre víctima y asesino, lo que anima a los técnicos de *Policía Científica* a buscar en la víctima huellas materiales dejadas por el criminal, tales como restos de cabello, saliva, semen, fibras…Por su parte, el profiler debe hacer lo propio buscando su huellas psicológicas. La agresión, en este caso, puede dejar rastros de un conocimiento previo entre víctima y agresor, una determinada habilidad o característica física o una emoción como la ira o la rabia. Cuando la víctima ha sobrevivido al ataque puede aportar información verbal sobre los hechos y sobre su agresor, pero si no ha sobrevivido también es posible obtener alguna información. Como dice una frase muy utilizada en Ciencias Forenses, lo muertos hablan. Para hacerlos hablar utilizamos precisamente a estas Ciencias Forenses, principalmente a la Medicina a través de la *Autopsia Médico-legal*. Consiste en el estudio del cadáver o restos humanos con el fin de informar a la autoridad judicial de las causas y circunstancias de su muerte, así como ayudar en la identificación en algunos casos. Va a aportar información sobre las heridas que tiene el cuerpo, cómo se han producido, con qué tipo de arma y, si es posible, qué características debe tener la persona que las ha infligido. Por ejemplo, se puede determinar si la persona es zurda o diestra y si atacó por la espalda o de frente. El médico forense realiza un examen externo del cadáver identificando y caracterizando las heridas y recoge todos aquellos indicios materiales que han quedado depositados en el cuerpo. También se realiza un examen interno en el que se diseccionan y analizan las vísceras, haciendo un estudio de cada una de ellas y tomando muestras para posteriormente realizar estudios toxicológicos e histológicos. La información que se puede obtener para la investigación de una autopsia es muy importante porque indica, no solo cómo ha muerto, sino en qué circunstancias ocurre esa muerte y toda la actividad criminal que se ha producido sobre el cuerpo de la víctima.

La autopsia puede establecer la trayectoria de un disparo.

El criminal se proyecta principalmente sobre su víctima, es el objetivo primordial de su acto delictivo, por lo que es un elemento de análisis muy importante para el profiler. Del análisis realizado por el médico forense, el profiler puede obtener información para elaborar su perfil, es lo que se domina *análisis del patrón de heridas*. A veces, el tipo de heridas nos puede hablar sobre la motivación o aspectos emocionales. Por ejemplo, la localización nos puede indicar una intencionalidad homicida, el asesino quería matar a la víctima y por eso elige golpear o acuchillar una determinada zona. El asesino del parking estaba decidido a acabar con sus víctimas. Golpearlas con un martillo una docena de veces en la cabeza les va a provocar inevitablemente la muerte.

Un criminal puede buscar un ataque letal, en un punto u órgano vital que haga que la víctima muera rápidamente y casi sin darse cuenta. En otras ocasiones se puede buscar lo contrario, obtener el dolor, el sufrimiento de la víctima. Un ejemplo de esto puede ser un asesino sádico. El sádico obtiene excitación sexual a través del dolor y la humillación de su víctima, por lo que necesita hacerla sufrir, no matarla. No golpeará fuerte en una zona vital, no disparará a la cabeza de su víctima, sino que su agresión estará más próxima a la tortura. El sádico suele acabar matando a su víctima porque, tarde o temprano, el número de heridas provocadas le produce la muerte. Muchas veces, se usa el término sádico para categorizar a criminales que son muy agresivos o brutales, sin embargo, solo se podría hablar de sadismo si existe este componente sexual de excitación. Sin este componente, el término más correcto podría ser el de *ensañamiento*.

La localización de las heridas en zonas erógenas como pechos, vagina o ano nos pueden hablar de un componente sexual de la agresión que no siempre tiene que estar directamente relacionado con el sadismo. Un castigo o venganza originados por una temática sexual pueden generar ataques en dichas zonas sin provocar excitación sexual en el agresor.

Otra localización de heridas que puede aportar información es la cara, aquella parte del cuerpo que nos hace persona, que nos identifica e individualiza. Antes de poder recoger huellas dactilares o perfiles genéticos para identificar a personas, muchos criminales que querían ocultar la identidad de sus víctimas desfiguraban su cara para impedir que fueran reconocidas. En otras ocasiones, cortar la cara o arrojarle ácido o productos corrosivos son estrategias usadas para castigar a una persona dañando aquella parte del cuerpo que nos humaniza y que es la base de nuestras relaciones sociales.

La víctima, generalmente, se va a mover y a defender, lo que también puede relacionarse con la localización de algunas heridas. Nos solemos defender con los brazos y las manos, tratamos de protegernos la cara, de frenar un golpe o sujetar el cuchillo con el que nos están hiriendo. Todas estas acciones generan un tipo de heridas muy característica que se suelen denominar *heridas defensivas*.

Por otro lado, el tipo de arma también nos aporta información. A veces, el criminal tiene que buscar un arma en la escena, lo que puede indicar que la agresión no había sido premeditada, si no que surge en la interacción con la víctima, son armas de oportunidad. En el caso que estamos analizando, el asesino usa armas que no ha podido encontrar en el parking por lo que, con toda probabilidad, las trajo consigo. Esto implica que llega a la escena con una clara intención de provocar la agresión. En esta situación, el asesino busca y selecciona armas para agredir como él quiere. En ocasiones, el arma permite la distancia entre el agresor y la víctima, un rifle, una pistola o incluso colocar un artefacto. Otras veces, el criminal elige un arma de cercanía, un arma que requiere el contacto físico con la víctima. Seguro que el lector ha oído alguna vez la expresión "*te mataría con mis propias manos*". Esta expresión refleja muy bien lo que quiero mostrar. Una agresión basada en el odio, en la ira hacia la víctima, requiere poder ver, sentir (disfrutar si me lo permiten) del dolor de la víctima, por lo que el criminal seleccionará un tipo de arma y forma de ataque que le permita esto. Emocionalmente, disparar a una víctima con un rifle a doscientos metros no es lo mismo que tumbarse sobre la víctima y ahogarla con las manos o clavarle repetidas veces un cuchillo. De esa necesidad por sentir el

dolor y el sufrimiento podríamos valorar la posibilidad de que el agresor tenga algún tipo de relación más o menos directa con la víctima y que, fruto de esta relación, haya surgido algún conflicto que haya originado el ataque.

Otros criminales, los que tienen un componente más psicopatológico, pueden necesitar este contacto con el sufrimiento de la víctima sin que haya una relación previa. En este caso, la víctima no está individualizada, no es una persona concreta la que debe sufrir, sino una que simboliza algo o que permite realizar una fantasía criminal.

La excitación, la furia y el descontrol pueden ser identificados por el número de heridas. Si el lector puede hacer un esfuerzo mental por tratar de experimentar cómo sería asestar cincuenta puñaladas en un cuerpo con un cuchillo de cocina, podrá comprobar que se requiere una gran energía física, energía que puede provenir de un estado de ira descontrolado. En esta situación emocional, es poco probable que las puñaladas se localicen exactamente en el mismo lugar, sino que estarán localizadas por distintas partes de una zona, como por ejemplo el tórax. Este es un proceso de descarga donde la persona no está concentrada en la víctima y en su muerte, sino en su propio desahogo. Es posible que con la primera, segunda o tercera puñalada ya haya acabado con la vida de su víctima, pero el agresor necesita seguir y seguir apuñalando hasta que se queda sin fuerzas. Siguiendo el mismo análisis realizado con la distancia del ataque, el número de heridas también nos puede hablar de la posibilidad de una relación previa con la víctima.

En el caso del asesino del parking, hemos comentado antes que llega a la escena con una clara intención homicida y con distintas armas: cuchillo y martillo, lo que indican una premeditación. Como advertíamos también, son objetos que no pueden encontrarse en el parking y que nadie lleva encima en condiciones normales. Esto sugiere que este criminal “sale de casa” con una intención, con un plan homicida.

En la primera víctima lleva las dos armas, usa el cuchillo para controlar a la víctima, para amenazarla y conseguir que colabore. Como la víctima se defiende, el asesino debe controlarla asestándole diversas puñaladas y cortes que venzan su defensa. Aquí aparecen las heridas defensivas que presenta la víctima. Ahora nos podemos hacer la siguiente pregunta ¿por qué decide utilizar dos armas si podría haber asesinado a la víctima con una sola? La primera respuesta que nos surge de manera rápida es muy simple, porque quiere. Si profundizamos un poco

más, podemos tratar de analizar respecto al porqué de esta decisión. En un momento determinado, el asesino deja de usar el cuchillo y utiliza el martillo porque necesita o quiere generar una agresión y heridas que no puede realizar con un objeto de filo. El martillo, por su base y empuñadura, permite dar golpes con más fuerza y generar unas heridas más contundentes, dañinas, destructivas si queremos verlo así. En este momento, el foco de su ataque se dirige a una zona del cuerpo muy concreta, la cabeza. Esta localización nos habla de letalidad, va a provocar la muerte y en cierta forma la podemos relacionar también con lo que se comentaba anteriormente de la cara y lo que ésta simboliza. Sus golpes son muy potentes, se recogen resto de masa encefálica de las víctimas por el suelo. Pero los forenses también indican que hay golpes en la nuca de menor intensidad. Aquí podemos describir una cronología de golpes, siendo los primeros de castigo y posteriormente golpes que permiten descargar su ira. Por tanto, su fuerza, su ira va *in crescendo*.

En la segunda víctima hay algo que cambia. No se identifican heridas compatibles con el cuchillo por lo que, o no utiliza, o no lo trae en esta ocasión a la escena. Esto puede ser interpretado como que el asesino no se siente cómodo o no prefiere el ataque a cuchillo, dándole más importancia a lo que puede conseguir con el martillo. Si me permiten la metáfora, el criminal elige la herramienta que mejor se adapta a lo que quiere conseguir de la misma manera en la que un carpintero escoge entre un martillo o un destornillador en función de que tenga delante un tornillo o un clavo.

Hemos identificado, ira, furia y cierto componente de venganza. Ahora la pregunta sería ¿de dónde surgen estas emociones? Antes se comentaba que era posible establecer una relación previa entre víctima y agresor, una relación en la que surge un conflicto que alimenta esta ira y venganza. En este caso podría suceder que el agresor conociera a las víctimas del propio entorno del parking o del barrio. No se pudo establecer más relación entre las dos víctimas que la de ser usuarias del parking y residentes en el barrio, por lo que es muy probable que escogiera a cada una de forma independiente. No obstante, aún nos queda otra alternativa. Como se indicaba anteriormente, a veces el criminal no conoce a la víctima, no tiene ninguna relación previa con ella pero para él supone un símbolo, posee un significado que le permite realizar su fantasía asesina. En este caso hablaríamos de un sujeto con un mayor componente psicopatológico, de un criminal mucho más peligroso, donde el conflicto no está individualizado en una persona concreta, sino que está difuminado a personas que cumplan con un determinado criterio. Este es el caso prototípico de los asesinos en serie y la

consecuencia directa de esta forma de actuar es que la búsqueda de víctimas no tiene fin. El asesinato no es un fin en sí mismo, es un medio para obtener algo. En el caso del asesino en serie puede ser poder, control, venganza…sensaciones que se obtienen solo de forma momentánea, por lo que deben buscarse continuamente mediante nuevos asesinatos.

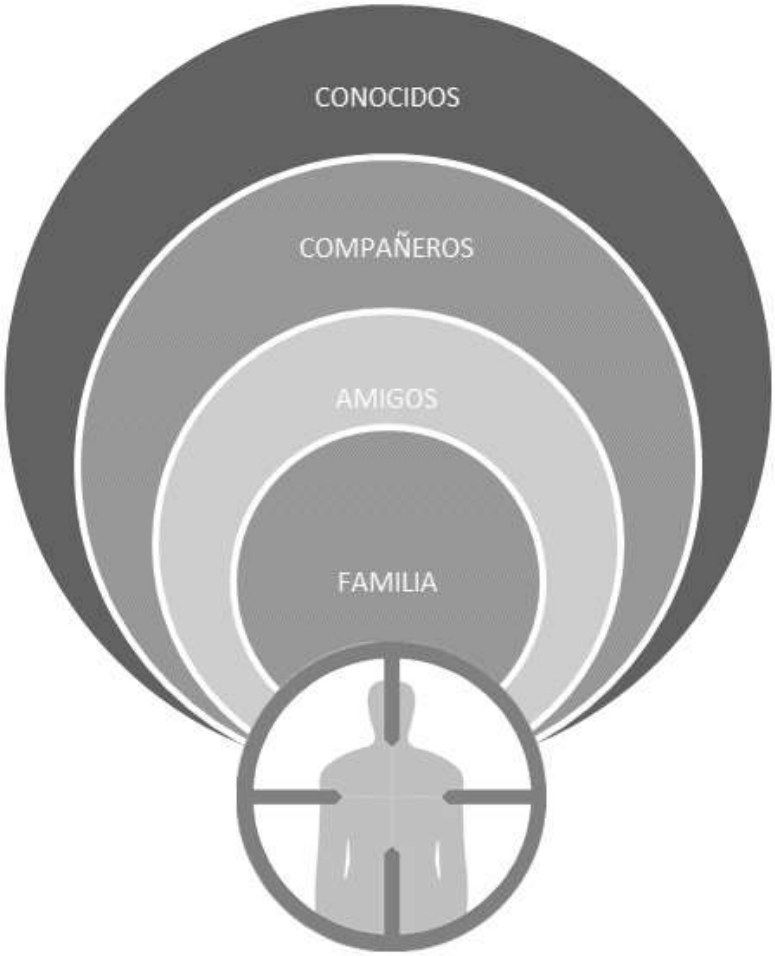
Para tratar de obtener más información, el profiler debe volver a la víctima como elemento del cual extraer datos. Para ello realiza lo que se denomina *análisis victimológico*. Con este análisis pretendemos conocer más a la víctima para ver si hay algo en su vida, en su forma de ser o en su contexto que nos pueda arrojar luz sobre su victimario.

Este análisis comienza tratando de conocer cómo es la víctima, cómo es su entorno, a qué se dedica, qué grupo de relaciones suele tener, cómo es su vida. Hay que tratar de identificar qué riesgo tenía esta persona para convertirse en víctima, si había alguna característica personal, comportamental o situacional que la hacía más propicia para ser objetivo de un crimen, por ejemplo de un asesinato. Con esto se puede establecer si el criminal la escogió a ella por cómo era, por algún tipo de comportamiento que realizaba o por algún componente contextual o situacional que la colocó en el momento y en el lugar oportuno para el asesino. La pregunta que se trata de responder con este análisis es ¿en qué parte o circunstancia de la vida de la víctima encaja su victimario?

Para profundizar más en este análisis nos debemos acercar al momento del crimen, necesitamos reconstruir la vida de la víctima en sus últimas horas. El profiler analiza qué hizo la víctima en el último día, qué actividades llevó a cabo, con quién se relacionó, si todo fue rutinario o hubo por el contrario algún elemento novedoso. Las personas, en su día a día, se suelen relacionar con un número finito de personas, realizan un número limitado de actividades y en unos contextos también limitados. Los condicionantes y circunstancias que influyen en la persona en un determinado momento son también identificables y limitados. Todo esto permite reducir el número de personas, contextos y circunstancias que puedan estar relacionadas con su victimización. Conocer esta información puede generar una línea de búsqueda de sospechosos que, en casos difíciles, supone una gran ventaja.

Finalmente, el profiler debe responder a una interesante pregunta, ¿por qué el criminal elige a esta víctima concreta? En ocasiones, como se ha comentado anteriormente, el criminal tiene seleccionada una víctima específica, alguien con

nombre y apellidos a la que quiere dañar, agredir o asesinar. Esta elección está basada muy posiblemente en un conocimiento o relación previa entre víctima y victimario, por lo que buscando personas de su entorno, tarde o temprano se encontrará al culpable. Esto suele ocurrir, por ejemplo, en la gran mayoría de los homicidios y asesinatos, donde una persona mata a otra con la que tiene algún tipo de conflicto derivado de una relación previa (más o menos directa).



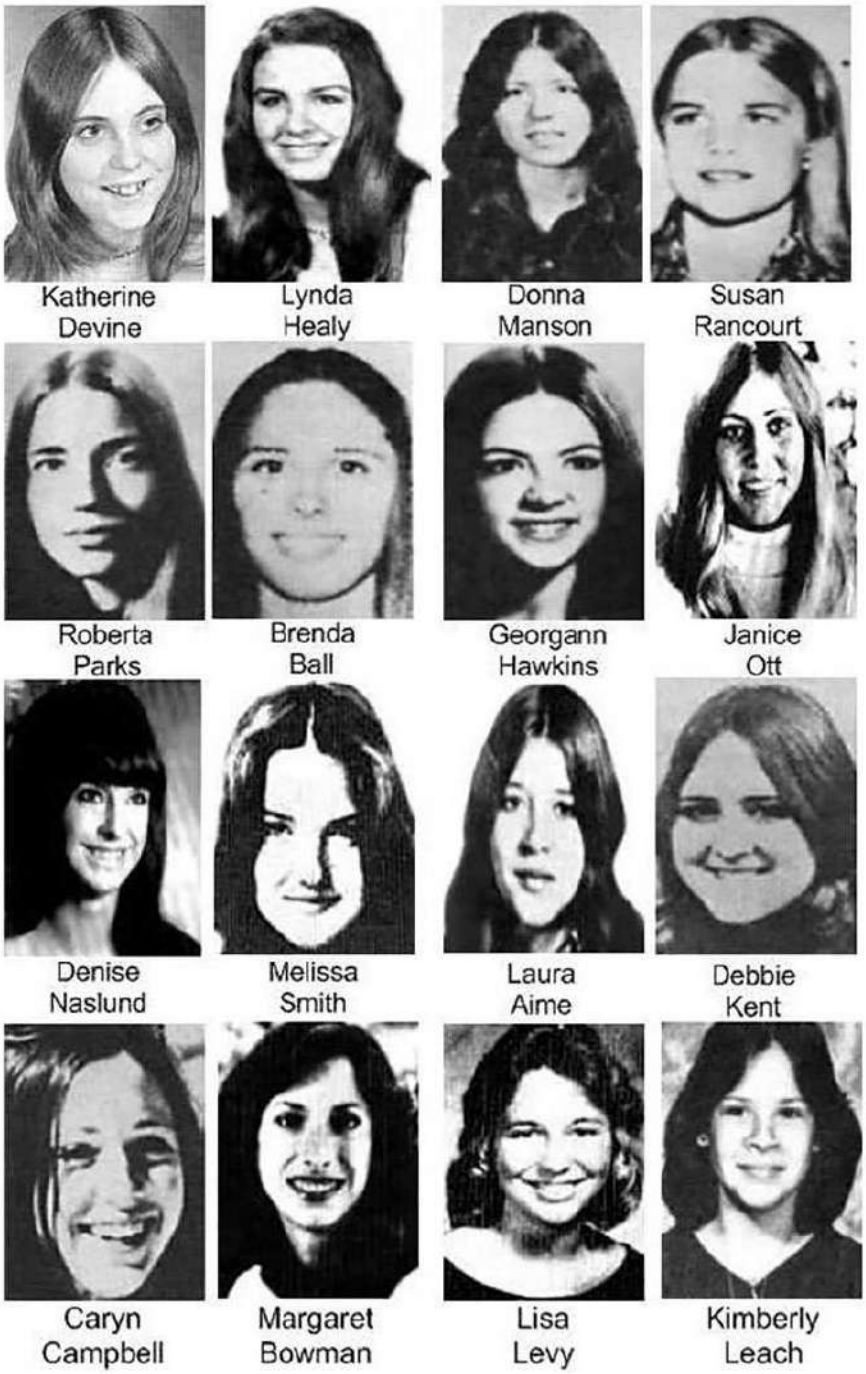
Casi siempre existe alguna relación más o menos directa entre víctima y victimario.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando no existe esta relación, cuando la víctima es oportunista, seleccionada al azar? Lo primero que podemos indicar es que, en el ámbito criminal, el azar es menos frecuente de lo que se podría pensar en un principio. Esto quiere decir que, a veces, consideramos algún comportamiento azaroso porque no lo hemos analizado en profundidad o porque desconocemos alguna información. Por ejemplo, podemos pensar que este asesino elige de forma azarosa a sus víctimas en el parking, es decir, podría haber sido cualquiera

que hubiera aparcado su vehículo en el día, en la hora y en el lugar en el que estaba el asesino. Esto puede ser cierto, pero solo en parte. Cuando se profundiza en la victimología de este caso podemos llegar a la conclusión de que no hay tanto azar como pensábamos.

Disponer de dos víctimas nos permite identificar un *perfil victimológico*, es decir, qué tipo de víctima está buscando. Si comparamos ambas, podemos ver en qué se parecen y por tanto qué le atrae al criminal de ellas. Las víctimas son mujeres de mediana edad, están casadas, tienen familia y una plaza de garaje en el parking de la calle Beltrán. Pertenecen a una zona acomodada de la ciudad de Barcelona, no son ricas pero económicamente viven bien, tienen una buena imagen, buena ropa, un buen vehículo, son trabajadoras y ofrecen una imagen de lo que podríamos considerar "cierto éxito" social y personal. Son queridas por sus familias y amigos, sin ninguna relación con contextos delictivos o circunstancias que le otorguen cierto riesgo para ser víctimas de un delito. Este es el perfil que comparten y de aquí podemos extraer porqué fueron elegidas por el asesino.

Al igual que ocurre con la escena, el criminal trata de seleccionar la víctima que sea más propicia para él. En este caso, aquella que le permita obtener lo que quiere y que le suponga el menor peligro posible. El lector podrá recordar la *ley coste-beneficio* que hace que un experto en artes marciales, de dos metros de altura, ciento veinte kilos de peso y que va armado con una pistola sea menos "*atractivo"* para un ladrón de carteras si lo comparamos con seleccionar a una ancianita de ochenta años y cincuenta kilos de peso. Por tanto, la selección de la víctima nunca es azarosa, generalmente siempre obedece a algún criterio. A veces, este criterio es la vulnerabilidad, como en el ejemplo anterior. Determinadas características físicas o situaciones pueden hacer que una persona sea más vulnerable y por tanto un objetivo más sencillo. En otras ocasiones, el criminal está atento a oportunidades delictivas y cuando encuentra a una víctima en una situación propicia, aprovecha esta circunstancia para atacar. Sin embargo, tampoco resulta raro que el criminal elija a sus víctimas porque tienen un significado para él, suponen un símbolo contra el que quieren atacar o sienten cierto rechazo. En el caso del famoso asesino en serie Ted Bundy, sus víctimas solían ser chicas jóvenes de pelo largo oscuro y con aires universitarios, lo que parece que le recordaba a su exnovia y a su madre, mujeres que le enseñaron lo que es sentirse abandonado y rechazado. Otro ejemplo de esto podría ser un racista que ataca a personas de color. En este caso, las víctimas no interesan por quien son sino por lo que representan para el criminal.



Víctimas de Ted Bundy.

Para analizar la victimología en el caso del asesino del parking nos tenemos que retrotraer unos meses antes de que ocurrieran los hechos. Un joven del barrio de la mina, también en Barcelona, alquila una plaza de garaje para su motocicleta en el mismo parking de la calle Beltrán, cerca también de la calle Musitu donde había tenido alquilado un apartamento. Su vida y circunstancias personales no están relacionadas con ese barrio ni con la zona, él pertenece a un barrio obrero,

de nivel socioeconómico bajo y trabaja de operario en una empresa textil también lejos de esa zona. Sin embargo, algo le atrae del barrio del Putxet, una atracción que hace que invierta el dinero que no tiene en estos alquileres y que finalmente deja de pagar. Es un joven cansado y hastiado de su vida real, que se dedica a aparentar lo que no es y que en esa mascarada, el barrio del Putxet es el lugar donde le gustaría vivir y al que nunca podría acceder por méritos propios. Su única opción para sentirse parte de este lugar es alquilar un piso que no se puede permitir y, cuando se le acaba el dinero, alquilar una plaza de garaje para una supuesta moto que nadie de sus allegados llega nunca a ver. Esto le permite acceder al parking, tiene llaves y puede entrar y salir a su antojo. En algunas ocasiones pasa horas viendo entrar y salir a gente del parking, posiblemente se cruzó varias veces con las dos mujeres que fueron asesinadas allí tiempo después. Este joven ha tenido novia pero esta relación no funcionó. En esa necesidad de aparentar, solicita los servicios de una agencia de matrimonios para que le busquen una chica rusa, una mujer joven, guapa y rubia que le haga parecer un tipo triunfador, algo así como las chicas que ve entrar y salir del parking y que nunca se fijarían en alguien como él. Estas mujeres están lejos de su alcance, cuando se cruza con ellas y le muestran indiferencia le hacen recordar quién es y de dónde viene. Un tipo que ni siquiera tiene dinero para pagar la plaza de garaje, cuyo propietario le ha reclamado ya por carta en varias ocasiones que le devuelva las llaves. El aparcamiento y estas mujeres simbolizan sus deseos, metas no alcanzables que le llevan a la frustración, un sentimiento muy relacionado con el comportamiento criminal, especialmente con la agresividad que surge en respuesta a esta frustración.

El profiler, en la reconstrucción de los hechos, tiene como misión identificar lo que se denomina el *Modus Operandi* del criminal, es decir, la forma en la que realiza el crimen. Este *Modus Operandi* puede definirse como el conjunto de conductas que realiza el criminal y que le permiten cometer el crimen, ocultar su identidad y facilitar su huida. Estos son sus tres objetivos. Todos los criminales, en mayor o menor medida, cuando deciden cometer un crimen piensan en cómo hacerlo y qué necesitan. Por ejemplo, un agresor sexual puede intentar violar a una víctima forcejeando con ella o llevando una navaja y colocándosela en la garganta con la amenaza de cortarla si no se está quieta. El uso de la navaja le puede permitir realizar la agresión de una forma más cómoda. Ese mismo agresor puede dejar restos de semen en la ropa de la víctima que puedan ser analizados por la Policía, o puede por el contrario utilizar preservativo, lo cual va a evitar su identificación por ADN. Igualmente, el agresor puede optar por salir corriendo del lugar después de la agresión, o puede amordazar a la víctima

y amarrarla para que no pueda gritar ni moverse durante un tiempo que le facilite huir de allí. Como puede apreciarse, hay *Modus Operandi* más o menos desarrollados, más o menos premeditados y con mayor o menor riesgo para el criminal. Es por tanto, un elemento de análisis muy importante para el profiler porque el criminal también se proyecta en él. Realizar un crimen de una determinada manera implica tomar decisiones, pensar en ciertas acciones, tener conocimiento sobre algunos aspectos del crimen. Requiere de una determinada habilidad, formación o recursos, lo cual convierte al *Modus Operandi* en una fuente de información de gran interés. Realizar determinado transporte de la víctima nos puede indicar la necesidad de haber usado algún vehículo, un determinado tipo de ataque nos puede hablar de ciertas características físicas del criminal, fuerza, altura, lateralidad motora…Acceder a una determinada zona para buscar a la víctima o para abandonar un cadáver puede sugerir que el criminal conoce la zona, que está relacionada de alguna manera con ella. Realizar un comportamiento específico como inutilizar un sistema de alarma, forzar una entrada, utilizar un determinado material o utensilio durante el delito nos puede hablar de una determinada formación, experiencia o habilidad profesional. En definitiva, volvemos a repetir la premisa básica de la Perfilación: el criminal proyecta y usa en su crimen lo que es, lo que conoce y lo que tiene.

El *Modus Operandi*, como conjunto de comportamientos, no es estable ni estático, todo lo contrario. Al igual que cuando vamos adquiriendo experiencia en cualquier contexto de interacción como conducir un vehículo o realizar nuestro trabajo laboral, el criminal va aprendiendo y en la mayoría de las ocasiones mejorando y perfeccionando su desempeño. Siguiendo con un ejemplo comentado anteriormente, un violador puede atacar a su primera víctima sin ningún tipo de arma, lo que puede hacer que tenga que forcejear físicamente con la víctima, que requiera luchar y sufrir incluso alguna herida. Es posible que este violador, si decide actuar de nuevo, modifique su *Modus Operandi* e introduzca en él una navaja para controlar a la víctima y evitar su resistencia. En este sentido, es muy probable que modifique o cambie aquello que no funciona y mantenga lo que le ofrece buen resultado. El lector más agudo habrá podido percatarse de que esta evolución del *Modus Operandi* también nos puede aportar un análisis para nuestro perfil, destacando si es posible que el autor de un determinado delito tenga más o menos experiencia criminal en función de lo “eficaz” o no que se muestre en su desempeño. Hay delitos que son muy simples y no es posible llegar a esta conclusión, pero otros más complejos nos pueden indicar si el autor es un novato o por el contrario un criminal experimentado. Este análisis tiene especial relevancia porque podemos extenderlo a la

posibilidad de que tenga antecedentes policiales o judiciales, lo cual genera una línea de búsqueda interesante para los investigadores en base de datos o registros policiales.

En relación con esto, el análisis del *Modus Operandi* también nos puede indicar una información muy útil, el nivel de planificación y premeditación del crimen. Tener una determinada información de la víctima o un lugar, llevar a la escena determinada arma o utensilio y anticipar determinadas situaciones durante el desarrollo de los hechos, nos puede informar de que el criminal ha planificado este delito, que ha pensado en él, que no ha sido fortuito sino premeditado y buscado. Esto resulta también de interés para los investigadores ya que, detrás de esta planificación, ha podido ocurrir un contacto previo con la víctima o con la escena que pueda investigarse. Igualmente, el criminal ha podido tener la necesidad de adquirir algún material o realizar alguna actividad preparatoria que también puede ser rastreada.

El análisis del *Modus Operandi* del asesino del parking nos muestra alguna información interesante para el perfil. En primer lugar podemos empezar por el estudio de la planificación. El asesino lleva a la escena determinados utensilios que no pueden encontrarse en el parking y que de forma irremediable trae consigo. Lleva un martillo, un cuchillo y una bolsa de plástico a la primera escena y une a éstos materiales unos grilletes en su segunda agresión. Elige en sus dos crímenes el mismo parking, elemento que puede indicar algún tipo de simbolismo, como se ha comentado anteriormente, pero que también puede significar que se siente seguro en él y lo conoce por una experiencia previa con este lugar. Es posible que espere en el interior del parking escondido hasta que encuentre a una víctima, pero eso le expone a ser visto por testigos y aumenta su nivel de estrés durante la espera. Lo más probable entonces es que previamente haya seleccionado el lugar, vigilado la zona e identificado posibles víctimas y horarios. A esto le podemos sumar que el lugar de abandono permite, en cierta forma, no dejar muy expuesta a la víctima, con lo que se garantiza tiempo para poder huir de forma más cómoda. Esto resulta compatible con los análisis anteriores y, en conjunto, nos habla de cierta planificación y premeditación de estos crímenes. Esto ayuda porque podemos investigar la presencia de personas sospechosas en días anteriores a los hechos. El día de los asesinatos el criminal estará más atento a cámaras de vigilancia o a la presencia de testigos, pero los días en los que ha merodeado por la zona posiblemente no haya sido tan cuidadoso.

Para acceder al interior del parking es necesario poseer unas llaves. Aunque no es un sitio con grandes medidas de seguridad y haya podido colarse en varias ocasiones, este dato nos apunta a la posibilidad de que tenga acceso a estas llaves por algún motivo, lo cual lo puede conectar con usuarios o personal relacionado con este lugar. Ningún acceso parece forzado y ningún usuario declara haber visto a nadie raro por el interior. No obstante, algunos vecinos indican a la Policía haber visto a un tipo extraño cerca de la puerta del parking en días anteriores. Una vecina se asustó al verlo salir de un seto mientras caminaba por la zona.

Las armas y utensilios utilizados en los crímenes no nos aportan mucha información relevante para el perfil. Un martillo y un cuchillo pueden ser usados por cualquiera, al igual que la bolsa de plástico y los grilletes, los cuales también pueden ser adquiridos de forma fácil. Tampoco la interacción y ataque a las víctimas generan nada de utilidad para el perfil, es una persona con cierta capacidad física de lucha, pero no se requiere una gran fuerza física o habilidades especiales para atacar a dos mujeres indefensas. Es más, la resistencia llevada a cabo por la primera víctima nos podría hablar de que el agresor no tiene mucha experiencia o no se maneja bien en la lucha cuerpo a cuerpo a pesar de estar armado. En el segundo asesinato, su *Modus Operandi* presenta cierta evolución en la contundencia y control sobre la víctima. Esto nos indica que no estamos ante un sujeto con gran experiencia en delitos como éste, es un asesino que está empezando su “carrera” criminal. No obstante, a nivel cognitivo e intelectual tiene capacidad de aprendizaje. Su aproximación a la víctima parece que es sorpresiva, con un ataque relámpago, posiblemente sin comunicación verbal con sus víctimas. Esto es una decisión del criminal, elige hacerlo de esta forma porque posiblemente no pueda hacerlo de otra. Podría haberse acercado a la víctima y conversar con ella, engañarla para conducirla al lugar donde finalmente la asesinaría. Esto sería más cómodo para el criminal y más seguro porque no necesita usar la fuerza física, pero también requiere de ciertas habilidades de comunicación y persuasión. Recordando de nuevo el caso de Ted Bundy, este asesino accedía a sus víctimas acercándose a ellas y conversando en el parking de supermercados. Con un brazo en cabestrillo, fingía que tenía el brazo fracturado y embaucaba a sus víctimas para que le ayudaran a cargar las bolsas de la compra en su vehículo. A veces les enseñaba una placa falsa de Policía y les indicaba que era necesario que le acompañaran a comisaría. Las chicas generalmente accedían a acompañarlo sin ninguna resistencia y, una vez que se encontraban en el vehículo, Bundy las golpeaba en la cabeza. Era un tipo alto y apuesto, con gran habilidad de comunicación, como pudo verse

posteriormente en su juicio. Su sonrisa y aspecto no levantaban sospechas en sus víctimas, sino todo lo contrario. Esta forma de acceder a las víctimas no sería tan eficaz en alguien sin sus características físicas y sin sus habilidades sociales. Sin todo esto, posiblemente tendría que haber optado por la táctica del asesino del parking.

Cuando éste finalmente acaba con la vida de sus víctimas las roba, pero es un robo también muy singular. Deja las joyas que portan las víctimas y se dedica exclusivamente a hacerse con el dinero que llevan y con sus tarjetas de crédito. Estas tarjetas no le valen de mucho porque no conoce el pin de alguna de ellas y otras son rápidamente bloqueadas. Además, trata de extorsionar al marido de una de sus víctimas pero, de una forma tan chapucera, que delata fácilmente que no estamos ante un delincuente profesional. Es alguien que necesita el dinero y por eso roba, pero no pertenece al ámbito delincuencial en el que pueda vender joyas o saber gestionar una situación de extorsión. Además, el robo es un elemento secundario de su *Modus Operandi,* aprovecha la situación pero no es lo que busca. De ser así, el asesinato y la especial crueldad y ensañamiento con las que acaba con la vida de sus víctimas no sería necesario ni adecuado. Ninguna de las víctimas se hubiera resistido a un robo y en ningún caso, no hubiera requerido tanta violencia.

En relación con esto, hay varios comportamientos del criminal que no encajan en la definición que hemos dado de *Modus Operandi.* Concretamente, el uso que hace de la bolsa de plástico para tapar la cabeza de las víctimas no es necesario para cometer el crimen, no ayuda en nada a poder acabar con sus vidas. Tampoco resulta útil para ocultar la identidad del criminal. Si finalmente va a asesinarla, es indiferente que trate de evitar que vean su rostro. Cubrir la cabeza con una bolsa de plástico tampoco facilita la huida del criminal. Por tanto, ¿por qué realiza este comportamiento?

Del mismo modo, el ensañamiento y la violencia expresiva que utiliza el asesino no obedecen a ninguno de los tres objetivos del *Modus Operandi*. Está claro que golpear en la cabeza a la víctima puede ser necesario para acabar con su vida pero, ¿es necesario golpear más de una docena de veces?, cuándo el criminal golpea con esa furia y ese número de veces ¿está pensando en acabar con la vida de su víctima exclusivamente? ¿Cómo pueden explicarse estas conductas?

Si antes decíamos que el *Modus Operandi* es el conjunto de conductas que nos explican el *cómo* se comete el crimen, hay otro tipo de conductas que nos

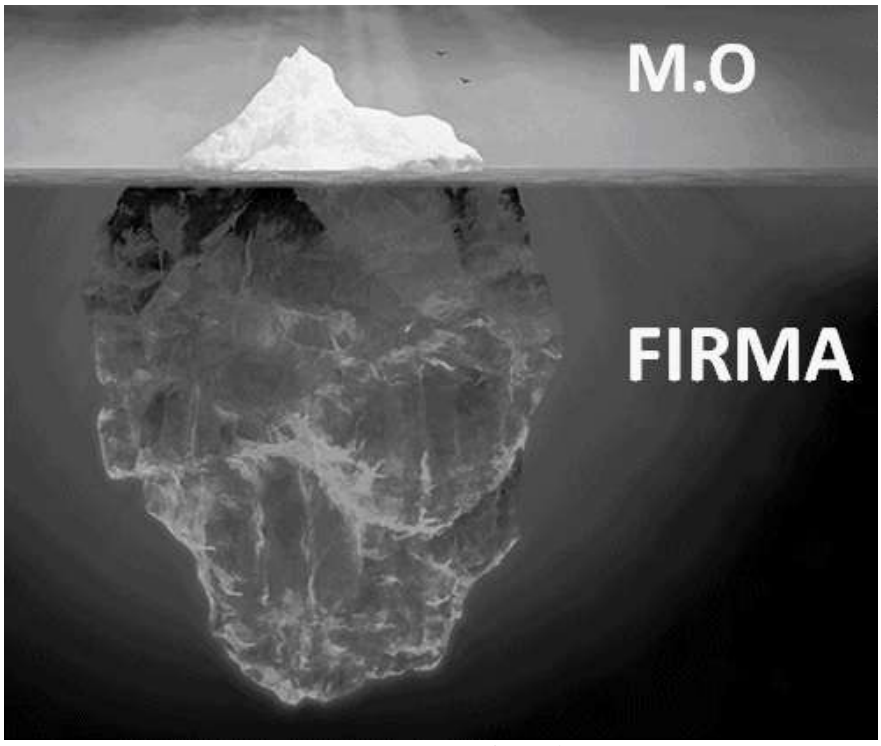
explican el *porqué* de ese crimen, son conductas que se denominan de la *Firma* del criminal.

Dichas conductas, al contrario que el *Modus Operandi*, no son instrumentales, no están orientadas a los objetivos del crimen, sino a sus componentes motivacionales. El mundo cinematográfico nos ha presentado en muchas ocasiones esta *Firma* en forma de símbolo o sello personal que el asesino deja en la escena del crimen como una tarjeta de visita. Esto permite identificar al criminal y reconocer su autoría. Desde este enfoque, el criminal quiere dejar constancia de que el crimen ha sido obra suya y deja para ello su marca personal. Dicha marca se repite en cada una de las escenas, siendo por tanto algo muy relacionado con los asesinos en serie. En España tenemos el caso del *asesino de la baraja*, un asesino serial que dejaba en sus escenas un naipe de la baraja española. Sin embargo, aunque esta visión de la *Firma* resulta muy interesante y peliculera, realmente es muy poco frecuente y está más condicionada por la influencia cinematográfica que por la necesidad del criminal. En el caso del asesino de la baraja, éste no dejó ningún naipe en sus tres primeras víctimas. Por casualidad, en la primera escena se encontró un *as de copas* junto a la víctima y los periodistas lo bautizaron como el asesino de la baraja. Alfredo Galán, que así se llamaba este asesino, era un tipo con baja autoestima que buscaba poder y control con sus asesinatos y que, al ver la repercusión que tenía en los medios y en la opinión pública este caso, decidió empezar a dejar naipes en sus siguientes asesinatos. Dejó un dos, un tres y un cuatro de copas respectivamente en cada una de sus tres últimos asesinatos. Para que no hubiera lugar a confusión, Galán dibujaba un pequeño punto azul en el reverso del naipe. En este caso vemos como la *Firma* no es dejada, a priori, de forma intencional por el asesino, sino que adquiere sentido cuando le permite sentirse importante, alguien especial que es temido por la sociedad y buscado por la policía de todo el país. Esto refleja, más que una necesidad de identidad, un medio para obtener este control y poder que busca. De hecho, cuando se detiene a otra persona como sospechosa de uno de los asesinatos, Galán entra en una comisaría y se presenta como el auténtico *asesino de la baraja*. Antes de que le pudieran atribuir este sobrenombre a otro que no se lo había “ganado”, prefiere entregarse y acabar en prisión. Molesto por la incredulidad inicial de los agentes que le escuchaban, Galán dio toda clase de información sobre los asesinatos, incluso contó lo de los naipes.

Otra representación que suele tener la *Firma* es en forma de *ritualización*, una serie de conductas con un valor simbólico para el criminal que repite con cada una de sus víctimas. Por ejemplo, Jeffrey Dahmer, el *carnicero de Milwaukee*,

mantenía relaciones sexuales con sus víctimas ya cadáveres, a otras las descuartizaba e incluso llegó a comerse partes de sus cuerpos en un desarrollo cada vez más delirante de su *ritualización*. Este tipo de conductas están más relacionadas con asesinos que muestran un componente psicopatológico más acentuado, generalmente relacionado con parafilias o síntomas psicóticos. Cuando en el capítulo dos hablábamos sobre las teorías explicativas del asesino en serie y de las fantasías del asesino, nos referíamos en parte a esta cuestión.

La *Firma* trata de cubrir alguna necesidad psicológica del criminal, en ella podemos identificar: humillación, control, poder, sumisión, venganza, ira…es por tanto emocional en comparación con el *Modus Operandi,* que nos describe más la parte racional e instrumental. Su análisis nos permite profundizar más en los aspectos psicológicos del criminal y nos va a aportar información sobre qué busca en sus crímenes y qué necesita de sus víctimas. Si utilizamos la manida metáfora del iceberg como representación del comportamiento criminal, la parte visible por encima del agua sería el *Modus Operandí,* aquellas conductas que nos permiten conocer al criminal de manera más superficial respecto a características personales y sociales. La *Firma* sería la parte no visible bajo el agua, aquella que nos facilita un conocimiento de lo emocional, de lo psicológico, de las motivaciones criminales.



La firma nos muestra una información más profunda del criminal.

En el asesino del parking podemos identificar dos conductas que podrían ser catalogadas de *Firma* y que hemos presentado antes. Por un lado, tenemos el hecho de tapar las cabezas de sus víctimas con bolsas de plástico, las cuales no pudieron ser encontradas por el criminal allí, sino que es muy probable que las trajera consigo a las escenas. Esto es relevante porque le otorga a estas bolsas y a su uso un objetivo premeditado. Las preguntas que toca contestar ahora serían ¿qué significa tapar la cara de sus víctimas? ¿Para qué lo hace?

La respuesta más simple es que no quiere ver la cara de sus víctimas. Cuando comentábamos sobre la localización de las heridas, indicábamos que la cara es una zona corporal de especial relevancia para individualizar a una persona, para hacerla reconocible, para humanizarla. Por tanto, taparle la cara afecta a la relación que establece el asesino con su víctima, la despersonaliza y cosifica. Esto guarda relación con la otra conducta que puede identificarse como *Firma*, el ensañamiento a golpes que realiza sobre las cabezas de sus víctimas. Como hemos comentado anteriormente, el asesino selecciona un martillo porque le permite golpear con mucha fuerza y provocar heridas muy potentes. Debemos recordar que se contabilizan más de una docena de golpes sobre sus cabezas, número totalmente innecesario y desproporcionado para acabar con sus vidas. Esta conducta refleja rabia, ira que se descarga con los golpes hasta que ya no le quedan fuerzas para seguir levantando el martillo. Tenemos además una rabia que no está identificada sobre personas concretas, las cuales además está despersonalizadas con las bolsas de basura. El fruto de esa ira no es provocado por estas dos mujeres concretas, sino por lo que simbolizan, mujeres que están fuera del alcance del asesino, un tipo de mujer que desea pero que sabe que nunca podrá tener. Este parking y sus usuarios son el símbolo de su frustración, nunca podrá acceder a este tipo de vida y eso le cabrea, le genera una gran sed de venganza que queda impregnada en el martillo y en sus golpes.

Bolsa de plástico del crimen. Foto del sumario.

Unos policías de paisano vigilan un bar a unos cinco kilómetros del parking. Han pasado pocos días desde el primer asesinato y una persona contacta por teléfono con el marido de la primera mujer asesinada. Le cita en ese bar y le pide 2.000 euros a cambio de información sobre lo que le ha ocurrido a su esposa. La policía y el marido están seguros de que es el asesino y, aunque tienen pocas esperanzas de que se presente en el bar, deciden vigilarlo. Días más tarde ocurre el segundo asesinato y varias cámaras de seguridad captan imágenes del asesino tratando de sacar dinero de un cajero con la tarjeta de crédito de su víctima. Otra cámara del metro lo muestra entrando y saliendo. Días más tarde, uno de los agentes que participó en el operativo del bar se sorprende al ver cómo el sujeto de las imágenes se parece a una de las personas que identificó en ese bar, un chico llamado Juan José Pérez Rangel, del barrio de la mina. Las investigaciones, análisis y reconstrucciones de los hechos apuntaban a que este joven de 25 años podía ser el asesino en serie que estaban buscando. Decidieron detenerlo y registrar su domicilio, donde encontraron recortes de periódico sobre los crímenes del Putxet, la llave de unos grilletes compatible con los usados en el segundo asesinato y el mando a distancia de acceso al parking. También encuentran un indicio muy esclarecedor, unos papeles con anotaciones con números de matrículas, marcas de coche, horarios y descripciones de personas. Todas ellas pertenecían a usuarios del parking de la calle Beltrán.

Pérez Rangel durante el juicio

La definición clásica de asesino en serie indica la necesidad de tres o más víctimas para que pueda considerarse a un asesino como tal. Sin embargo, hoy en día se acepta también esta tipificación con solo dos víctimas siempre y cuando se establezca la alta probabilidad de que el asesino hubiera seguido matando si no hubiera sido detenido. Es decir, no es cuestión de números sino de necesidad. ¿Qué buscaba Pérez Rangel?, Eso que buscaba, ¿lo iba a conseguir finalmente con su segunda víctima? En esas notas que encuentran en su habitación, la policía identifica una posible nueva víctima que ya estaba seleccionada. Nunca podremos saber si hubiera habido un tercer asesinato en el parking de la calle Beltrán, pero toda la información que nos brinda el perfil apunta a que sí.

El Asesino Cuenta Su Historia.

Era el año 2006 y me encontraba en la tesitura de elegir un tema para elaborar mi trabajo final en un postgrado en Criminología que estaba realizando. Más de uno se sentirá identificado al decir que buscaba un tema que fuera fácil y cómodo, que no supusiera mucho esfuerzo en buscar bibliografía y material de elaboración. Vamos, lo que se suele denominar un estudiante con enfoque pragmático. No obstante, se me había metido en la cabeza un término anglosajón que un profesor había mencionado en la última clase, *Criminal Profiling*. Lo nombró de pasada como un enfoque psicológico que estudiaba a los asesinos en serie, tras lo cual nos mostró un video con la entrevista de un *profiler.* Era John Douglas, un exagente del F.B.I que aparecía como contenido extra de la película *"El silencio de los corderos"*. Esta película no me había gustado mucho en su momento y recuerdo que la entrevista tampoco me fascinó, sin embargo, algo me llevó a teclear en google las palabras "criminal profiling" y "profiler". El mismo enfoque pragmático o vago, como quieran llamarlo, me llevó a la conclusión de que en castellano no había información más allá de una serie de televisión que habían emitido años atrás y en la que no había reparado mucho titulada "Profiler". En esta serie policiaca, la doctora Sam Waters era una profiler que tenía la habilidad extrasensorial de visualizar los crímenes, tanto desde los ojos de las víctimas como de los de sus asesinos. Es decir, resolvía crímenes porque veía lo que había ocurrido desde los ojos de sus protagonistas. Aquel enfoque paranormal defraudó mucho a mi perfil científico y, como los resultados de google no me ofrecían claridad, decidí darme un tiempo en buscar una nueva temática. Recuerdo que cerré el portátil y puse la televisión como dándole una tregua a mi lóbulo frontal. Comenzaban las noticias y a los pocos segundos me llegó la inspiración. Un suceso en Barcelona reconfiguró mis conexiones sinápticas y me facilitó no solo una temática para mi trabajo final, sino también una pasión que me ha acompañado hasta el momento en el que escribo estas líneas.

Las noticias abrían con un suceso estremecedor, el asesinato de una tercera anciana en la ciudad de Barcelona. Los Mossos d'Esquadra[1] -continuaba diciendo el presentador- han llegado a la determinación de que se encuentran ante un caso de asesinato serial. La única pista con la que contaba la policía era la grabación de una cámara de seguridad donde se veía a una mujer acompañando a una de las víctimas. Las ancianas habían muerto de la misma forma, estranguladas tras ser golpeadas de forma brutal. La policía sospechaba que esta mujer podría estar implicada en todos los asesinatos, e incluso investigaban si otros ancianos fallecidos anteriormente en la ciudad, podrían ser

también víctimas de esta persona, una auténtica asesina en serie.

El 10 de junio, una anciana de 83 años había aparecido asesinada en su casa. Todo hacía pensar que había permitido la entrada en la casa a su agresora (la Policía ya hablaba en femenino). Presentaba heridas defensivas en manos y brazos provocadas por un cuchillo y una fractura nasal probablemente al ser golpeada contra el suelo. Había sido estrangulada con un tapete que se encontró anudado a su cuello. Faltaban además, algunas joyas y algo de dinero pertenecientes a la víctima.

Unos días más tarde, otra anciana de 96 años aparece asesinada en su domicilio. Otra vez, la víctima ha recibido una brutal paliza, provocándole diversas contusiones por la cabeza y el rostro. Presentaba una fractura laríngea como consecuencia del estrangulamiento. Esta misma escena es encontrada por la policía el 1 de julio cuando acuden al domicilio de otra anciana de 76 años. Igualmente parece que han robado joyas, dinero y algunos objetos.

Esta noticia me pareció interesante para guiar mi trabajo. Me intrigaba el análisis psicológico que podría realizarse de un asesino en serie, cómo funcionan estos criminales y qué los caracteriza a nivel psicológico respecto al resto de delincuentes. Con esta idea de mezclar lo psicológico y el asesino serial volví a buscar material y bibliografía. No tardé mucho en toparme con el F.B.I y con su *Unidad de Ciencias del Comportamiento,* donde aparecieron Ressler, Douglas y bastante información interesante de la que fui tirando como si de una madeja de hilo se tratara. Empecé a obtener datos sobre asesinos en serie, pero sobretodo conseguí reencontrarme con el *Criminal Profiling* desde un enfoque menos fantasioso y algo más serio. Aunque casi todo lo que me encontraba sobre esta técnica estaba impregnado de un aire peliculero y hollywoodiense, algo me decía que aquello podía encerrar un conocimiento muy interesante para alguien como yo apasionado por la Psicología Criminal.

Me hice una pregunta como guía de mi trabajo final, ¿Cómo se podría trabajar este caso de la asesina de ancianas desde el *Criminal Profiling*? A partir de aquí, empecé a desarrollar lo que fui aprendiendo de la técnica tal y como se ha presentado en el capítulo anterior.

Un elemento que me resultó muy útil a la hora de analizar el asesinato serial fue el enfoque de la *metáfora de la narración del asesino,* que más o menos viene a decir que el asesino cuenta una historia -su historia- a través de sus crímenes. La

Psicología nos enseña que todas las conductas que realizamos están motivadas por algo y que dichas motivaciones tratan de cubrir, a su vez, algún tipo de propósito personal. Todos perseguimos objetivos, luchamos por algo, en nuestro día a día desarrollamos comportamientos que tratan de cubrir algún tipo de necesidad, algunas básicas como respirar o comer y otras más trascendentales como ser feliz, sentirse seguros o buscar el cariño de los que nos rodean. Si nos llevamos esto al ámbito criminal, nos podemos hacer las siguientes preguntas ¿Qué busca un asesino en serie? ¿Qué trata de obtener con sus asesinatos? Estas preguntas, que pueden ser más fáciles de responder en "criminales comunes", por ejemplo alguien que roba una cartera o que incluso mata a una persona para robarle algún objeto de valor, en el asesino en serie se vuelven más complicadas.

Si recordamos los casos presentados en los capítulos anteriores, ¿Podríamos decir que Kemper buscaba solo sexo con sus víctimas?, ¿Podríamos decir que Pérez Rangel buscaba solo matar a sus víctimas? Algo de esto ya hemos hablado anteriormente cuando analizamos la firma, tratamos ahora de dar un paso más allá.

Candice Skrapec, una psicóloga y criminóloga estadounidense, presenta en 1997 un estudio muy interesante sobre asesinos en serie. Esta autora pensaba que era necesario conocer, no solo qué impulsa al asesino en serie a matar, sino también entender por qué mata y por qué necesita seguir matando. Para tratar de arrojar luz sobre esto se propuso entrevistarlos, quería conocer cómo era su narrativa vital, cómo contaban sus crímenes, pero también cómo narraban sus vidas e interpretaban al mundo, a los demás y a ellos mismos. Aunque su muestra era relativamente pequeña, pues solo entrevistó a cinco asesinos en serie, los resultados que obtuvo me parecieron muy clarificadores para pensar en esto del asesino como contador de historias. Los asesinos en serie que analizó mostraron ciertas distorsiones en su forma de ver e interpretar el mundo, reflejando un pensamiento muy extremista y dicotómico. Juzgaban el mundo y a los demás (incluidos a ellos mismos) en todo o nada, en bueno o malo, en justo e injusto… todo era para ellos de color blanco o negro. Además, tenían un gran sentimiento existencial de fracaso y abandono, generalmente iniciado en la infancia, lo que les hacía sentirse diferentes, aislados e inadaptados. Cuando trataban de explicar su comportamiento criminal, se podían identificar tres temáticas diferentes (aunque relacionadas) en sus historias. Algunos justificaban sus asesinatos como respuesta y venganza ante ataques o menosprecios que habían sufrido (según ellos) por parte de algunas personas o de la propia sociedad. No se veían como verdugos, sino todo lo contrario, como víctimas que no habían tenido más

remedio que atacar para sobrevivir. Otro grupo relacionaban sus crímenes con un intento por tener el control y el poder, algo que no podían conseguir en su vida "no asesina". El asesinato los colocaba en una posición de dominio que siempre habían deseado pero que nunca habían podido experimentar. Finalmente, Skrapec identificó una última temática, la vitalidad. Algunos hablaban de sus asesinatos como de una droga que les hacía sentirse vivo, ser alguien en una vida gris, monótona y anodina. Esta sensación era tan adictiva que necesitaban seguir matando. Durante un tiempo podían tratar de frenar sus impulsos, pero tarde o temprano ese impulso asesino vencía.

¿Quién no querría sobrevivir, tener control o sentirse vivo? Se podría decir que son necesidades positivas que cualquier persona puede tratar de cubrir con sus actos y comportamientos e incluso dedicar su vida a ellas. El problema está en cómo conseguirlas, por sí solo, con la ayuda de los demás o a costa de los demás. Aquí está la diferencia en los asesinos en serie, en ver a los demás como un peligro del que deben defenderse, como un objeto al que dominar o como un vehículo con el que obtener placer.

En cada crimen el asesino cuenta su búsqueda, cada víctima es un capítulo distinto pero con el mismo argumento, personajes y desenlace.

La policía estaba de suerte, entre los tres asesinatos aparecieron otros casos en los que las víctimas habían sobrevivido a los ataques. Esto permitió conocer cómo actuaba esta asesina, pero también cómo era físicamente y por dónde podían buscarla. No las había dejado con vida por propia voluntad, la asesina se había comportado con estas víctimas de igual manera, golpeándolas brutalmente y tratándolas de estrangular con una prenda sobre el cuello. Por suerte, estas ancianas habían perdido el conocimiento por la pérdida de oxígeno y esto había hecho pensar a su agresora que estaban muertas. Después, igualmente las había robado joyas y algún dinero. Gracias a las descripciones de las supervivientes, la policía encontró imágenes de cámaras de seguridad y pudo conocer también que había estado en varios bingos después de algunos de sus ataques. Todas contaron que esta mujer se había acercado a ellas en la calle o habían coincidido en el edificio donde vivían. Era una mujer amable, educada que rápidamente se había ganado la confianza de estas ancianas. Nada les había hecho sospechar que esa mujer podía ser peligrosa, ni mucho menos ser una asesina. Siempre atacaba en el interior del domicilio, se ganaba su confianza y de repente las atacaba de forma súbita y despiadada. Pasaba de ser una encantadora mujer a ser una bestia que era capaz de dar puñetazos y patadas con gran furia a sus víctimas.

Físicamente no suponían ninguna resistencia –una víctima tenía 96 años- pero necesitaba ser brutal. El ataque era directo al cuello mediante el uso de una prenda, un paño, toalla o similar que siempre cogía en el domicilio de la víctima. Buscaba tumbarla y eso suponía tirarla al suelo con gran fuerza. A partir de aquí, apretaba con todas sus fuerzas la prenda alrededor del cuello hasta que la anciana se quedaba inmóvil. Posteriormente, rebuscaba por joyeros y por el bolso de la mujer para apoderarse de joyas y algo de dinero antes de huir a toda prisa.

Podríamos identificar una primera hipótesis de motivación criminal: el robo de objetos de valor y dinero. En este caso, una ladrona selecciona víctimas propicias, ancianas que no suponen ningún tipo de obstáculo físico y a las que se le puede arrebatar algo por la fuerza. El criterio, tal y como hablábamos en el capítulo anterior, era la vulnerabilidad.

Esta ladrona busca también situaciones propicias, los domicilios donde viven estas víctimas. Busca que, además de ser ancianas, vivan solas para evitar testigos y generar una situación de comodidad e intimidad para realizar los robos.

Como la ladrona se expone a sus víctimas, ven su cara y pueden identificarla, decide matarlas como parte de se *Módus Operandi*.

Esta sería una primera hipótesis de trabajo, ahora hay que comprobar si explica por completo los hechos y si responde a todo lo que nos cuentan las escenas y el comportamiento criminal. Para verlo de forma más clara nos tenemos que ir a la resolución del caso.

Las pesquisas de la policía llevan a vigilar diversos salones recreativos donde se había constatado que la sospechosa jugaba a las tragaperras. Los resultados no se hicieron esperar y a los pocos días, un 5 de julio, unos policías de paisano entran en un bingo e identifican a una mujer con las mismas características físicas que las imágenes que habían rescatado de las cámaras de seguridad y de las descripciones ofrecidas por las víctimas supervivientes. Al revisar su bolso se encontraron una agenda donde casualmente aparecía la dirección de una de las víctimas. Detuvieron a Remedios Sánchez, tenía 49 años y trabajaba como cocinera en un restaurante situado en uno de los barrios donde llevó a cabo sus asaltos.

Los policías que registraron su domicilio quedaron asombrados cuando descubrieron en una de las habitaciones más de un centenar de joyas que pertenecían a sus víctimas. Todas las joyas que había robado estaban allí.

La *Reme*, como la llamaban los que la conocían, contaron que era una mujer educada y trabajadora, posiblemente lo mismo que hubieran dicho sus víctimas si se les hubiera preguntado momentos antes de ser asesinadas.

Remedios nació en un pueblo de Galicia, era la hermana de 11 varones que vivían en condiciones de pobreza. Sus padres no podían mantener a la familia y decidieron emigrar a Barcelona en busca de trabajo cuando ella tenía 16 años. Al poco tiempo de llegar a esta ciudad comenzó a trabajar en distintos lugares, pero las penurias económicas siempre le acompañaron. En el plano sentimental no le fue mejor, tuvo varias parejas que finalmente la abandonaron, al igual que hicieron los dos hijos que tuvo con su primera relación. Su última ruptura sentimental también le supuso un problema económico, pues tuvo que hacer frente ella sola al pago de la hipoteca de su casa. En ese tiempo pidió trabajo como cocinera en un restaurante del barrio del Eixample.

Posiblemente se sentía avergonzada de su vida, eso hacía que en ocasiones tratara de aparentar una vida que no tenía. Al dueño de la frutería en la que compraba le contó que era propietaria de un restaurante (del que realmente era la cocinera). En uno de sus viajes a su tierra natal, cuenta a una vecina que su vida en Barcelona era espectacular, que trabajaba como servicio doméstico para Johan Cruyff, el famoso jugador y entrenador de fútbol de aquella época.

Remedios buscaba la suerte en bingos y tragaperras, no podemos saber si realmente podría considerarse una ludópata, pero posiblemente esto también le causaba problemas económicos.

Remedios Sánchez es detenida

La ludopatía encajaría bien con su comportamiento en las escenas de los crímenes. Esta pérdida de control de los impulsos, que suele estar relacionada con muchas adicciones como la ludopatía, también aparecía en sus asaltos. Remedios premeditaba sus crímenes porque salía a matar, buscaba las víctimas y la situación pero no iba preparada, no llevaba ningún utensilio para estrangular ni ninguna prenda para ocultar su identidad. Se comportaba de forma dulce y amable con sus víctimas hasta que, de repente, un impulso irrefrenable la empujaba a abalanzarse sobre ellas y a atacarlas. Los robos en las casas tampoco eran algo muy planificado, nunca se encontró ningún domicilio revuelto o con signos evidentes de que dedicara tiempo a buscar.

El móvil del robo como motivación central de los asaltos parece claramente descartable. Todas las joyas se encuentran en el piso de la detenida, parece que no buscaba obtener dinero de ellas. Se podría pensar que no sabía cómo deshacerse de ellas o venderlas pero entonces, ¿por qué las seguía robando en sus asaltos? ¿Qué sentido tenía acumular joyas que la incriminaban? ¿Por qué esa fijación por las joyas?

Hablamos de esa ludopatía, de su violencia explosiva a la que podríamos añadir elementos relacionados con la cleptomanía e incluso con una especie de *Síndrome de Diógenes* aplicado a las joyas. Todo esto está muy relacionado con la falta de control de los impulsos.

Si tuviéramos que elegir una de las temáticas de los estudios de Skrapec, posiblemente la que mejor se ajuste sea la de justificación. Remedios se siente vapuleada por "la vida", ha crecido y vivido siempre rodeada de penurias y problemas económicos. A nivel de relaciones, las personas que hablaban bien de ella solo la conocían de forma superficial, a veces les mentía respecto a quién era y cómo vivía. Era un reflejo de las relaciones que mantenía con sus víctimas, basada en la mentira y el engaño. Sus relaciones sentimentales y familiares eran un desastre, generalmente abandonada o rechazada por las personas que acaban conociéndola en profundidad.

Parece probable que este contexto personal pueda generar en ella un sentimiento de menosprecio y ataque, lo cual pudo favorecer el desarrollo de un plan de venganza. Es posible que su última ruptura sentimental, en la que descubrió que su pareja le engañaba, junto con el problema económico que le generó tenerse que hacer cargo de la hipoteca, fuera el desencadenante estresor que inició su carrera criminal. Esto suele ser muy habitual en asesinos en serie, en los cuales es posible identificar algún estresor personal o situación conflictiva en los momentos o días anteriores a cometer su primer asesinato. A partir de aquí no hay vuelta atrás.

Remedios llegó a la conclusión de que, si quería obtener algo, lo tenía que arrebatar por la fuerza. Iba a obtener la fortuna y riqueza que siempre le había esquivado la vida, de hecho estaba atesorando un buen botín, el cual iría aumentando porque no iba a parar de matar.

En el juicio, Remedios acusó a una amiga con la que compartía piso como autora de los crímenes. Una amiga a la que jamás nadie vio y que no pudo demostrar

que fuera real. Un *alter ego* con el que compaginaba una imagen dulce y amable en ocasiones, con otra que albergaba una gran furia en su intento por luchar contra la miseria personal.

Remedios Sánchez en el juicio

El Que Lucha Con Monstruos.

La Perfilación Criminal ha cambiado mucho en sus más de cincuenta años de historia y la figura del profiler también. Hoy en día muchas policías de distintos países cuentan en su organigrama con unidades o grupos de análisis de conducta que se dedican a asesorar en investigaciones criminales mediante el uso de esta técnica. Otros profesionales, fuera del ámbito policial, usan esta metodología para realizar informes periciales en contextos forenses. Muchos académicos también participan en la evolución de esta técnica a través del desarrollo de metodologías e investigaciones científicas que amplían el conocimiento existente sobre el comportamiento criminal. Desde hace una década se puede decir que la Perfilación Criminal está de moda.

Si hoy volviera a hacer, como hice en el 2006, la búsqueda en google con las palabras “Perfilación Criminal”, “Criminal Profiling” o “Profiler”, los resultados que obtendría serían inmensamente superiores a los que me encontré cuando tuve que realizar mi trabajo de final de curso. Incluso sería posible observar la evolución que ha sufrido este ámbito desde visiones más centradas en el componente cinematográfico y de ficción, a enfoques más rigurosos y científicos. No son pocas ya las tesis doctorales que tratan sobre esta temática en nuestro país y fuera de él, o los artículos científicos o libros publicados al respecto.

En mi manual sobre el Perfil Criminológico del 2011 escribí ya sobre esta evolución de la perfilación, en la que se había pasado de ver a esta técnica casi como una habilidad artística, al desarrollo de un enfoque más científico. Hablaba de arte porque así lo hacían los pioneros como Robert Resssler, que en su libro *Asesinos en Serie* decía:

> *“En aquel entonces, las técnicas de elaboración de perfiles criminales eran todavía menos científicas que ahora; eran un arte que uno tenía que aprender laboriosamente siendo aprendiz durante muchos años” (p. 198).*

Este punto de vista hizo florecer muchas críticas a la perfilación de manos de “puristas” científicos que arremetían contra los perfiladores tildándolos de meros charlatanes de circo. En parte tenían razón, pues tomaban como referencias estos profilers que no podían explicar lo que hacían más allá de indicar que era una especie de arte, de un sexto sentido mezclado con grandes dotes de intuición y años de experiencia personal. Evidentemente, estos ingredientes eran un poco indigestos para una dieta científica pura y dura.

Esto se empieza a solucionar cuando el profiler se quita el disfraz de Sherlock Holmes y se siente más a gusto con la bata blanca de un científico, cuando deja de ser un personaje de ficción y se transforma en un analista de conducta, en un técnico forense.

El profiler tiene una labor muy complicada, pues su objeto de estudio es algo tan dinámico, multicausal y multivariable como el comportamiento humano. Pero además, en una pirueta del más difícil todavía, se atreve a analizar este comportamiento de forma indirecta, no a través del sujeto que emite el comportamiento, sino del reflejo que éste deja sobre la escena de su crimen. Trataré de explicarlo por medio de una metáfora.

La Psicología lleva siglos tratando de resolver los misterios de la conducta humana, lo que nos hace aprender a ser lo que somos, cómo actuamos y porqué lo hacemos así, qué variables biológicas o ambientales influyen en que alguien se convierta en Edmund Kemper o en Santa Teresa de Calcuta. Para ello, esta ciencia cuenta con herramientas de estudio como la observación, las entrevistas o los tests. Imaginemos que un psicólogo clínico atiende a un paciente en su consulta, el cual le refiere que tiene un problema que le hace sufrir. En esta situación, el psicólogo se dedica a observar su conducta, le entrevista sucesivas veces para que le cuente qué le ocurre, en qué piensa, cómo es él y su vida. Finalmente le puede indicar que rellene una serie de tests para obtener un perfil de sus rasgos psicológicos y de personalidad. Cuando tiene toda esta información sobre esta persona, puede llegar a la conclusión de que padece un estado depresivo. Lo que ve directamente del comportamiento del paciente, lo que le cuenta éste y la información que aporta en los tests, le han proporcionado al psicólogo una imagen, un perfil si lo quieren ver así, de cómo es esta persona y qué aspectos de su conducta son anómalos o conflictivos.

Imaginemos ahora que volvemos a la situación inicial, tenemos a un psicólogo que quiere evaluar a un paciente, pero esta vez no le llevamos al paciente a la consulta, sino que nos llevamos al psicólogo a la casa de éste. La casa está vacía, el paciente no está y no estará nunca, no podrá verlo ni hablar con él, tampoco le puede hacer rellenar ningún test. Le pedimos que evalúe y diagnostique a esta persona de esta manera, con lo que le podemos ofrecer. Tiene el mobiliario del paciente, la decoración de su casa, su vestuario y objetos: fotografías, libros, juguetes, música…

Así es como trabaja un profiler, esta es la situación con la que se encuentra a la

hora de elaborar un perfil criminológico. Su análisis es indirecto, no le puede preguntar al asesino si estaba enfadado, solo dispone de la cabeza de la víctima machacada a golpes de martillo, no puede preguntarle si trabaja, solo cuenta con que actúa los fines de semana, no puede preguntarle dónde vive, solo conoce los lugares donde abandona los cadáveres de sus víctimas. Con estos rastros es con los que el perfilador debe hacer el esfuerzo titánico de componer un retrato del asesino, de generar una información que pueda ayudar a capturarlo.

Pero aún queda una complicación más. La Perfilación Criminal no es una técnica rutinaria en la operativa de la investigación criminal, generalmente se recurre a ella cuando la información que aportan las técnicas cotidianas y los indicios materiales no son muy útiles. Esto significa que, por lo general, el profiler no participa en la investigación en los primeros momentos, como suele hacer Policía Científica, por ejemplo. A veces pasan semanas, meses e incluso años, antes de que un investigador solicite la realización de un perfil criminológico o pida el apoyo de un profiler en una determinada investigación. Esto afecta directamente a la información a la que puede acceder el perfilador a la hora de elaborar su perfil, la cual no va a ser directa ni va a estar recogida para elaborar dicho perfil. Es como si, en el ejemplo del psicólogo clínico, ni siquiera le dejáramos ir al domicilio del paciente y le diéramos un reportaje fotográfico de su casa. Esto hace que el profiler no visite la escena del crimen en el momento que han ocurrido lo hechos y que deba conformarse con el informe de Inspección Técnica Ocular o con el vídeo de la reconstrucción de los hechos.

Como comentábamos en el capítulo 3, el perfilador busca indicios distintos a los que busca la Policía Científica, mira a los mismos sitios pero busca cosas diferentes, situaciones, composiciones de lugar o matices que no han quedado reflejados en el reportaje fotográfico o en la inspección. Esto supone tener que construir un puzzle sin tener información de la imagen final y faltando, además, muchas de las piezas.

Hay que tener en cuenta que el perfil ofrecido será evaluado por un claro criterio de utilidad. El investigador que lo recibe no le interesa el análisis de conducta, lo mismo que no le interesa la biología genética cuando recibe un perfil genético del biólogo forense. Su trabajo es muy pragmático, necesita conocer quién es el autor de un determinado hecho delictivo, si puede ser, mejor con nombre, apellidos y dirección postal. Un perfil criminológico no puede ser un recorrido profundo por la psique del asesino y por los condicionantes personales o sociales que le condujeron a matar, necesitar ser un listado de características que

permitan al investigador poder buscar a alguien o priorizar entre posibles sospechosos. Parece evidente que el perfil no puede identificar al culpable, no tiene esa capacidad como sí la tienen una huella dactilar o un perfil genético. El perfil criminológico debe tratar de abrir líneas de búsqueda u optimizar los recursos de investigación reduciendo el número posibles de sospechosos que encajan como autor de un hecho. Este es el gran objetivo del profiler, poder ofrecer, aunque sea una única característica que sirva de guía a los investigadores.

Esto desde el punto de vista práctico. Desde la valoración técnica, el perfilador debe trabajar con un método, con plan de trabajo estructurado y sistematizado que no le coloque el adjetivo de charlatán de circo del que hablaban los críticos de la perfilación. Como cualquier técnico forense, su producto debe estar guiado por el método científico, cada inferencia o aportación que haga al perfil debe quedar respaldada por los datos, por los indicios de comportamiento encontrados en la escena. Del mismo modo que el biólogo debe elaborar un informe con los análisis y resultados que ha obtenido de un indicio en la escena, el profiler debe hacer lo propio. Puede ser necesario que defiendan su perfil criminológico en una sala de juicio, o pueden ser directamente requeridos por un juez para realizar determinados análisis, por lo que su trabajo debe ser técnico, profesional y riguroso.

Esto se consigue, como en cualquier ámbito, por medio de una formación adecuada. En el año 2001, la *Asociación de Oficiales Jefes de Policía* de Reino Unido se planteó la necesidad de regular y profesionalizar el rol del profiler. Observaron que la policía recurría cada vez más a estos profesionales, pero que cada uno de ellos presentaba una formación, unas habilidades y niveles de eficacia distinto. Algunas investigaciones, no solo no habían sido ayudadas por la Perfilación Criminal, sino todo lo contrario, su uso había generado errores muy graves. Decidieron por tanto establecer unos requerimientos profesionales, un marco y condiciones de trabajo y un sistema de evaluación. Para empezar de nuevo, comenzaron sustituyendo el término profiler por el de *asesor de investigación del comportamiento* e iniciaron, a partir de aquí, una gran reforma profesional de la Perfilación Criminal como apoyo a la investigación criminal que se ha extendido a diversos países de Europa central.

En España hemos participado en esta evolución de la técnica desarrollando el primer Máster Universitario dedicado exclusiva y específicamente a esta técnica de la mano de la *Fundación Universitaria Behavior and Law* y de un gran

equipo de expertos y profesionales de este ámbito que participan como profesores y colaboradores. De este germen académico surge en el año 2017 el primer grupo internacional de perfiladores que se han unido en un *Think Tank* bajo el auspicio de esta fundación y del *Criminal Profiling and Behavioral Analysis International Group*. Es la primera vez que unidades y grupos de perfilación de distintas policías y de distintos países se unen en un laboratorio de ideas que tiene como objetivos el desarrollo y auge del análisis de conducta y de la Perfilación Criminal.

Ha pasado mucho tiempo desde que Finney y Cronnin entraran en el despacho del psiquiatra James Brussel tratando de poner rostro al *Bombardero Loco* de Nueva York. Por suerte, la Perfilación Criminal no solo ha mejorado, sino que se ha convertido en una técnica de apoyo a la investigación reconocida y valorada en el ámbito policial. Ha evolucionado con nuevos desarrollos e incluso se empieza a aplicar su enfoque en otros contextos de actuación más allá del policial. Es además, mi pasión y la de otros muchos profesionales que se dedican a luchar contra asesinos como los que hemos mostrado en este libro, monstruos que son el reflejo de la parte más oscura del ser humano, reflejo de la maldad más absoluta a la que todos tememos. Si bien es cierto que siempre aparecerán nuevos monstruos, también es cierto que siempre habrá un puñado de personas que traten de luchar contra ellos. A todos ellos va dedicado este libro.

Criminal Profiling and Behavioral Analysis International Group

[1] Policía Autonómica de Cataluña.